



La Gota de Sangre

Relato de Emilia Pardo Bazán

+

*Un abracadabrante crimen teatral perpetrado por
Ignacio García May
a partir del relato de Emilia Pardo Bazán*



La Gota de Sangre

Relato de Emilia Pardo Bazán



*Un abracadabrante crimen teatral perpetrado por
Ignacio García May*

a partir del relato de Emilia Pardo Bazán



Créditos



Edita

Consejería de Cultura, Turismo y Deporte de la Comunidad de Madrid

Diseño y maquetación

conarquitectura ediciones

Ilustración de cubierta

Esperanza Martínez de Salinas

I.S.B.N.

978-84-451-3960-8

Depósito legal

M-33264-2021

Índice

Biografía Emilia Pardo Bazán.....	4
Introducción.....	5
La Gota de Sangre Emilia Pardo Bazán.....	7
La Gota de Sangre Ignacio García May a partir del relato de Emilia Pardo Bazán	49
I Un tratamiento perturbador	51
II Machichas y tangos	56
III Sin corbata ni chaleco	61
IV Cambiando impresiones	65
V La estrella de la galantería	74
VI Un aroma de gardenia.....	78
VII La querencia del criminal.....	87
VIII Epílogo: una forma transitoria de alienación	93





Emilia Pardo Bazán

[La Coruña, 16 de septiembre de 1851-Madrid, 12 de mayo de 1921]

Condesa de Pardo Bazán, fue una noble y aristócrata novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poeta, dramaturga, traductora, editora, catedrática y conferenciante española introductora del naturalismo en España. Fue una precursora en sus ideas acerca de los derechos de las mujeres y el feminismo. Reivindicó la instrucción de las mujeres como algo fundamental y dedicó una parte importante de su actuación pública a defenderlo. Entre su obra literaria una de las más conocidas es la novela *Los Pazos de Ulloa* (1886).

Pardo Bazán fue una abanderada de los derechos de las mujeres y dedicó su vida a defenderlos tanto en su trayectoria vital como en su obra literaria. En todas sus obras incorporó sus ideas acerca de la modernización de la sociedad española, sobre la necesidad de la educación femenina y sobre el acceso de las mujeres a todos los derechos y oportunidades que tenían los hombres.

Su cuidada educación y sus viajes por Europa le facilitaron el desarrollo de su interés por la cuestión femenina. En 1882 participó en un congreso pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza celebrado en Madrid criticando abiertamente en su intervención la educación que las españolas recibían considerándola una «doma» a través de la cual se les transmitían los valores de pasividad, obediencia y sumisión a sus maridos. También reclamó para las mujeres el derecho a acceder a todos los niveles educativos, a ejercer cualquier profesión, a su felicidad y a su dignidad.

Introducción

Al hablar de Emilia Pardo Bazán, uno piensa enseguida en la novelista, en la traductora, en la crítica, en la teórica, en la cronista, en la conferenciante. Pero no es fácil pensar en doña Emilia como autora de novelas policiacas. Cuando Pardo Bazán escribió *La gota de sangre*, en 1911, el género negro era territorio eminentemente masculino: habrían de pasar nueve años para que Agatha Christie, la reina indiscutible del relato detectivesco, publicase *El misterioso caso de Styles*, que vio la luz en 1920 y dio inicio a una carrera fulgurante de historias de crímenes resueltos. Pero si nuestra Pardo Bazán tomó la delantera a todas las damas del *noir*, desde la propia Christie a Patricia Highsmith, o las actuales emperatrices Donna Leon, Unni Lindell, Fred Vargas o Alicia Giménez Bartlett, también fue pionera en España en cuanto al cultivo del género policial: antes de la publicación de *La gota de sangre*, no había en nuestro país referente de una literatura que sí triunfaba ya en otros lugares.

Quizá el germen del relato policial habría que buscarlo en 1841, cuando Edgar Allan Poe escribió *Los crímenes de la calle Morgue*, que cautivó al público americano tras publicarse en la revista *Grahams Magazine*, de Filadelfia. También Maurice Leblanc había arrancado su exitosa serie de Arsene Lupin en 1904 gracias a una revista, cuando Pierre Lafitt le encargó un cuento para *Je sais tout*. El relato *El arresto de Arsene Lupin* tuvo tanto éxito que Leblanc decidió inaugurar una colección de hasta veinte novelas protagonizadas por un encantador ladrón de guante blanco. Por cierto, el personaje de Leblanc vive ahora una segunda juventud gracias a una exitosa serie de televisión protagonizada por un Lupin modernizado que se pasea por el París del siglo xxi.

No se puede saber con certeza si Emilia Pardo Bazán tuvo ocasión de leer los textos de Leblanc y del propio Poe (conocido en España desde 1857, cuando el diario madrileño *El universal* publicó la traducción al español de *La semana de los tres domingos*), pero sí sabemos que había conocido las novelas de Sherlock Holmes firmadas por Arthur Conan Doyle, que se había iniciado en el género en 1887 con *Estudio en escarlata*. La autora había quedado atrapada por el personaje del exquisito e inteligente detective, cocainómano, consumado violinista, apicultor, aficionado al boxeo,

y manifestó a los suyos su intención de crear un personaje inspirado en el excéntrico Holmes, pero a la madrileña.

Doña Emilia era consciente de la ausencia de una literatura detectivesca en el ámbito español y se propuso llenar ese vacío creando un personaje, el detective Ignacio Selva, que se enfrentaría a la resolución de distintos misterios a través del método deductivo («desenredando la madeja», en palabras de Allan Poe), poniendo su inteligencia y capacidad de análisis al servicio de jueces y policías.

La gota de sangre no alcanzó el éxito de otras publicaciones de la novelista gallega, y tal vez por eso Pardo Bazán no cumplió con el compromiso adquirido con ella misma de hacer una serie capaz de superar a la del mismo Conan Doyle. Es lógico pensar que esta novela corta –y, por cierto, divertidísima, con momentos dignos de Jardiel Poncela, como cuando el médico anima a Selva a enamorarse para superar su apatía como quien receta una caja de aspirinas– quedó sepultada por la inmensa y brillante producción de la autora. Sea como fuere, es el momento de recuperarla para los lectores, completándola con la genial adaptación que de ella ha hecho Ignacio García May para, de la mano de Juan Carlos Pérez de la Fuente, llevarla a las tablas de los Teatros del Canal.

En vísperas del fin del centenario de Emilia Pardo Bazán, invito a los lectores a darse un baño de novedad en este texto original y prácticamente desconocido. Porque, al fin y al cabo, solo hay una forma de homenajear a los autores: leyendo sus obras. Es la única forma de salvarlos para siempre de la amenaza del olvido.

Marta Rivera de la Cruz
Consejera de Cultura, Turismo y Deporte

La Gota de Sangre

Relato de Emilia Pardo Bazán

Para combatir una neurastenia profunda que me tenía agobiado —diré neurastenia, no sabiendo qué decir—, consulté al doctor Luz, hombre tan artista como científico, y opinó sonriente:

—Usted no necesita cuidarse... sino todo lo contrario.

—¿Descuidarme?

—Casi... Tratamiento perturbador. Hacer cosas que presten a su vida violento interés. Lo que padece usted es atonía, indiferencia: le falta estímulo. ¿No podría usted enamorarse?

—Me parece que no. Las mujeres, para un rato. Y aun ese rato lo suelen envenenar. Y las que no lo envenenan, empalagan. Mal remedio, doctor, mal remedio.

—¿No le agradan los viajes?

—Viajes? ¿El «gladstone», el Baedeker, las fondas? Me sé de memoria a Europa, y como no busque aventuras a lo Julio Verne... Ya no quedan más viajes emocionantes que los viajes en aeroplano...

—Pues no viaje usted por tierras; explore almas. No hay vida humana sin misterio. La curiosidad puede ascender a pasión. Para una persona como usted, que posee elementos de investigación psicológica...

Agradecí el consejo lo mismo que si hubiese de servirme de algo y me fui convencido de que la ciencia, ante mi caso, se declaraba impotente.

Aquella misma noche, a cosa de las doce, entré en el teatro de Apolo y me senté en una butaca. Al hacerlo, pasé con el mayor cuidado por delante de los espectadores de mi fila, instalados ya. Estaba seguro de no haber molestado a nadie, y me asombró oír que uno de ellos, el que estaba más próximo a mí, me increpaba, en alta voz:

—¡Ya podía usted andar con cuidado, so tío!

Mi sorpresa subió de punto, notando que quien así me trataba era un muchacho que solía encontrarme en el Casino y en la Peña, una persona «conocida». Tal furia, sin motivo alguno, y la extrañeza que me causó, fue el primer chispazo que reanimó mi abatido espíritu. Al pronto pensé:

—¿Estará borracho...?

Pudiera confirmar la suposición al notar en el rostro de mi interlocutor la palidez y el brillo singular de la pupila, que caracteriza el período álgido de la borrachera. Pero reiteró el insulto, profiriendo: «¡Eh! ¡Con usted hablo!», y ni la voz ni el gesto tenían el titubeo de los ebrios. ¿Por qué buscaba camorra aquel individuo?

La gente se fijaba, rumoreaba; los de la fila se levantaron. Éramos objeto de la atención general; alguien se interpuso. De súbito, mi agresor cambió de tono y, con transición demasiado brusca, o que me lo pareció, se echó a reír, pronunciando:

—¡Ah; Selva! Usted perdone... No me había fijado... Dispense. Lo siento mucho... Le ruego que me excuse.

Era el desagravio tan cortés como inmotivado el enojo, y me dejó igual sabor de recelo. Vago, inconsciente, pronto a disiparse, el recelo me hurgó en el espíritu y lo tonificó, despertando mis facultades y fijando mi atención antes distraída.

Mientras me aporreaba los oídos la enervante y estrepitosa música de matchichas y tangos, mi fantasía galopaba, como suelto, ardiente potro. Daba en antojármese que todo el enfado de aquel sujeto —se llamaba Andrés Ariza— era ficción. ¿Por qué? Los actos humanos siempre reconocen algún móvil, alguna causa. ¿Qué móvil impulsaba a Andrés Ariza a fingir encolerizarse cuando yo entré sin meterme con él?

En vez de detallar los pies y piernas de las artistas, sus mallas rosadas, sus zapatos curvos de raso brillante, sus redondeces de algodón y sus trapos lentejuelados, mi mirada, de reojo, se posó en Ariza, ávidamente.

No atendía a lo que pasaba en escena. No cabía duda; algo raro le preocupa. Su mano blanca y bien contorneada, retorcía nerviosa la vírgula del bigotillo, y de vez en cuando, inquieto, giraba la cabeza hacia mí. Yo evitaba que me sorprendiese mirándole, pero cada vez me atraía más —con atracción de carácter enteramente indefinible—, el estudio de su alterada fisonomía. Un perfume intenso y capcioso, de gardenia, venía de él, cuando se movía, y el tal aroma se me subía al cerebro, como un vino compuesto, irritante. Muy violento tenía que ser el olor, para que se destacase sobre los mil de un teatro.

De pronto me estremecí... Lo que acababa de notar no era nada que no pudiese tener explicación trivial, naturalísima, pero ya he dicho que mi fantasía volaba y, no acertando yo a sujetarla, iba arrastrado por ella. Era —en el plastrón de la camisa de Andrés, y casi cubierta por el chaleco— una diminuta manchita roja, viva como un labio encendido por el amor; una reciente gotilla de sangre. Y me eché a pintar a brochazos un cuadro de tonos rojos, de asunto dramático, de locura, de venganza... ¿Quién sabe si un desafío sin testigos, un lance a todo riesgo, en el secreto que imponen las exigencias de la honra?

Cuando, media hora después, salí del teatro para recogerme pacíficamente a mi domicilio, cambiaron de giro mis ideas. Sin duda el raudal de aire de la calle de Alcalá, el aspecto de normalidad de las cosas que me rodeaban, el golfillo de siempre ofreciéndose a avisar el simón, las mismas desharrapadas hembras brindándose, enronquecidas, los diarios, los tranvías ya espaciados, la gente dispersándose entre un mosconejo de conversaciones humorísticas, desgarradas, achuladas, me devolvieron a la cárcel de la realidad vulgar, engendradora de mi tedio. Por unos minutos se me había figurado que algo extraordinario pasaba cerca de mí, produciéndome comezón novelesca. La hora en que me dominó tal impresión no era una hora de fastidio, sino de exaltación inquieta y acalenturada. ¡Qué hervor y qué devaneo, por el arrebato de ira de un señor cualquiera, por una gotezuela de sangre que pudo saltar de las narices! Desgraciadamente, la mayor parte de las cosas tienen siempre explicación vulgar y prosaica y la vida es un tejido de mallas flojas, mecánico, previsto: nada romancesco lo borda.

Encogiéndome de hombros, eché a andar. La noche, aunque de invierno y nublosa, era serena, y yo esperaba que algo de ejercicio me ayudase a conciliar el sueño, rebelde en acudir antes del amanecer. Vivía yo en una de esas calles nuevas, no urbanizadas ni edificadas enteramente. Al lado del hotelito que había alquilado, existía un solar no desmontado aún, barrancoso, mal cerrado con una valla de tablas blanquiazules. No era el único en la solitaria vía, donde el alumbrado corría parejas con lo demás. Las probabilidades de un atraco no me alarmaban: llevaba mi Browning. No sé por qué en aquel instante la idea, si no del atraco, de algo anormal, se precisaba y tomaba cuerpo, mientras me dirigía, alejándome del centro, hacia mi domicilio. Sin duda la euforia fantástica del teatro actuaba

aún. No se sabe qué tenía que sucederme: la aventura me acechaba para saltarme al cuello. Alarmado, miraba hacia todas partes, espiaba los ruidos. Y, al mismo tiempo, me obstinaba en repensar en la cara desencajada, el falso enojo de Andrés Ariza. ¿Por qué fingía cólera? ¿Qué explicación tenía semejante fingimiento?

Nada justificaba mis aprensiones. A mi alrededor no había sino esa peculiar sugestión dramática que adquieren de noche las casas cerradas y mudas. Completa soledad. En Madrid, como es sabido, dura hasta muy tarde la animación en las calles céntricas, pero por las vías algo apartadas y donde vive gente rica y aristocrática es raro que a la una y media o cerca de las dos transite nadie. Cerca de mi calle ya no vi al sereno, el bueno de Pacomio. Sin duda, como otras veces, se hallaba refugiado en cierto figón taberna donde comen los jornaleros que trabajan en los varios edificios en construcción próximos a mi casa. No me importó, pues llevaba la llave de mi verja y el llavín de mi puerta en el bolsillo.

Al aproximarme, una especie de atracción que no sé explicar me hizo fijarme en el solar abandonado, y noté que la valla presentaba un regular boquete. Varias tablas habían sido arrancadas y se hacinaban confusas a uno y otro lado. Y, a la parte de adentro, sobre el color claro de la tierra arcillosa endurecida por la helada, observé una forma confusa, algo grande, negro y largo, con algo blanco al extremo. Me incliné, me acerqué bajándome... Era el cuerpo de un hombre, vestido de etiqueta, sin abrigo, y lo que blanqueaba, su cara cérea y el pechero rígido de su camisa. ¡Un cadáver!

El muerto, suponiendo que lo fuese, estaba completamente al borde de la valla. Si había entrado vivo, caería al punto de cruzarla. Saqué mi encendedor y proyecté su luz hacia el rostro.

Era una cara nueva para mí, que creo conocer, al menos de vista, a cuantos muchachos frecuentan los círculos de la corte. Representaba unos veinticinco años y resplandecía su bigote rubio. El recuerdo de Ariza me acudió nuevamente, evocado por aquel bigote: me acordé del que retorcía con movimiento tan impaciente. Me llamó la atención que el muerto no llevase corbata, ni botones en la pechera, ni chaleco. Absorto en esta contemplación, me sobrecogió un ruido de pasos toscos. Era, sencillamente, el sereno, que, en cultivo de propina, solía alumbrarme para que

fácilmente introdujese la llave en la cerradura: zapateaba, sin aliento, y se confundía en explicaciones.

—Señorito... Me habían llamado en la otra calle... Abriendo estaba al señor conde de Marciela...

En cualquier ocasión me hubiese reído de la excusa, porque conocidos los hábitos del enfermizo conde de Marciela, señor metódico y valetudinario, era sumamente inverosímil que se retirase a tal hora. Pero no estaba yo para reír. Me volví hacia el astur, con un gesto de mandato:

—Tenga cuidado, no mienta. Hoy podría ser para usted un compromiso serio haber dicho cualquier cosa que no fuese la pura verdad. No trate usted de engañar a la justicia. En ese solar hay un muerto.

Aterrado, el «gusano de luz», dirigió la de su linterna al punto que yo señalaba y, cuando vio el cuadro, entre dientes, soltó una interjección.

Yo permanecía bajo el peso del descubrimiento horrible. Una duda me asaltó entonces. ¿Y si el hombre no estuviese muerto, sino borracho? Era preciso socorrerle sin tardanza, abrigarle, recogerle a techado.

—Ayúdeme a levantarla —dijo al sereno—. Puede que tenga vida.

—¡No le toque, señorito! —imploró Pacomio—. No tengamos líos con «los» de la justicia, no nos desgraciemos. Ya tengo visto muchos difuntos, y este es uno más.

Me enhebré, rozando las tablas, en el solar. El sereno, protestando, aconsejando, exclamando, alumbraba. Me incliné sobre el cuerpo; palpé una mano, estaba helada. Traté de percibir la respiración. No la había. Alcé un brazo. Recayó, rígido. Tenía razón Pacomio: los auxilios eran inútiles.

—No quiero molestias, ni pasar la noche en vela— murmuré entonces, deslizando un duro al sereno.

—Pida usted socorro; venga la autoridad; haga lo que sea costumbre.

—Repito que no mienta usted, ni oculte que yo he visto ese cuerpo. Este es un caso de decir la verdad, para no tener disgustos.

Ya en mi casa, me acosté, y quise dormir. Cuando lo conseguí, fue mi sueño un tejer y destejer confuso, de interrumpidas escenas, en que se combinaban las dos impresiones de la noche. El incidente del teatro, el

drama del solar, se encadenaban en la relación íntima que entre ambos establecía mi excitada mente. Unas veces daba en creer que el muerto y el fingido encolerizado era una sola persona: que el frío cuerpo del solar era el de Andrés Ariza. Otras, que Andrés Ariza lo descubría antes que yo y me acusaba fundándose en la proximidad de mi vivienda al lugar donde aparecía la víctima. ¿Víctima? ¿Crimen? Despierto, no podía yo ni asegurar que lo fuese, porque no recordaba haber visto en aquel hombre lesión ni herida alguna. Y, sin embargo, la convicción del crimen originaba mi fiebre. Lo comprendía: lo único que llegaba adentro, que rompía la gris uniformidad de la civilización, era el crimen. El sabor amargo y salado del crimen había quitado de mi paladar la insipidez del tedio. Solo el crimen podía conseguir interesarme. Me revolvía en la cama sobre espinas; por mis venas corría azogue. ¿Por qué no había querido ver levantar el cadáver? Quizá para madurar mi ensueño, mi intuición misteriosa. Para meditar, como meditan los visionarios, fuera de lo real que se ve, en busca de lo real que se esconde.

II

No pude sorprenderme al recibir, a las once de la mañana, la citación del juez llamándome a su despacho con urgencia.

Me arreglé, almorcé frugalmente y, tomando un coche para llegar más aprisa, me presenté al funcionario. Era un abogado joven, con pretensiones de intelectual, de esos que tienen en su despacho una fila de obras de la casa Alcán y disertan en la Academia de Jurisprudencia en veladas conmemorativas. Yo le conocía del Ateneo, pero esto no lo recordé hasta que le vi. Me saludó con afectación de obsequiosidad, asegurando, por vía de exordio, que me llamaba únicamente para pedirme que cambiásemos impresiones, puesto que, según afirmación del sereno, era yo el primero que había visto en el solar el cadáver.

—Hay otra razón para que se me interroge —respondí, deseoso de divertirme un poco a expensas del juez, que imaginaba ser más listo que yo—. Y es que mi hotelito linda con el solar. Son dos datos cuya importancia no necesito encarecer, pues usted la adivina. No solo conviene interroarme, sino también a mis dos criados. Algo pueden haber visto.

—¡Por Dios! —exclamó el Juez—. ¿De usted quién sería capaz de pensar...? —Usted mismo. Tengo para mí que, por ahora, soy la única pista. ¿Me equivoco?

—Vamos, déjese usted de bromas, señor Selva, y hágame el favor, porque el asunto es serio, de no regatearme su preciosa cooperación. No le pregunto de dónde venía usted cuando halló el cuerpo, porque lo sé; venía usted del teatro de Apolo, donde cuestionó con un muchacho, Ariza, que ocupaba la localidad inmediata. Cuestión baladí; Ariza se excusó y quedaron ustedes amigos.

—Veo que está usted bien enterado. Pregunte y le manifestaré lo poquísimo que conozco.

Así lo hice, punto por punto. El juez me escuchaba ávidamente.

—¿De suerte que usted no conoce al muerto?

—No recuerdo haberle visto jamás en parte alguna.

—¿Es cuanto puede usted decirme respecto a su personalidad?

—En absoluto.

Noté un rápido fruncimiento de cejas.

—Seguramente, Selva, tendremos que marearle a usted con motivo de este crimen...

—Pero ¿hay crimen? —exclamé con vehemencia casi gozosa.

—Lo duda usted?

—Al mirar ayer el cuerpo no vi en él lesión ni huella de violencia.

—Es que...

—Perdone que le interrumpa. ¡Adivino! No quiero que usted suponga que necesito la explicación. No se veía lesión porque le vestirían después de matarle. Debí suponerlo, cuando noté que ni llevaba corbata ni botones en la pechera.

La cara del Juez se nubló más. Empezaba a alarmarse. Su escama crecía visiblemente. Sentía en mí una fuerza que le obligaba a desplegar toda la suya, y acaso no le bastase, ante un adversario tan dueño de sí y tan experto.

—Vamos a poner en claro la situación, señor Juez —continuó pidiéndole permiso, con un ademán, para ofrecerle un cigarro y encender otro—: usted sospecha de mí. Hace usted bien; en su caso, me sucedería lo propio. Insisto en que no hay rastros de otra pista, por ahora. El crimen no puede atribuirse a unos atracadores vulgares, porque los atracadores, si desnudan a un hombre en la calle (se han dado casos), no es para volver a vestirle. Su deber de usted es agotar los medios de establecer mi culpabilidad. Sin tardanza creo que procederá usted a tomarme una declaración en forma. Por mi parte, tengo algo que advertir y que rogar a usted. La advertencia es que si usted, por ejemplo, dejándose llevar de sugerencias que puedan partir de la opinión alborotada y reflejarse en la prensa, me mete en la cárcel, será el modo de que este crimen no se averigüe jamás.

—Como favor amistoso le ruego que me indique el porqué de esa afirmación —suplicó el juez.

—Muy sencillo. Porque me he propuesto ser yo quien lo descubra, y se me figura que solo yo lo he de lograr. Quizá me ha sugerido tal propósito la lectura de esas novelas inglesas que ahora están de moda, y en que hay policías de afición, o sea, «detectives» por «sport». Ya sabe usted que así como el hombre de la naturaleza refleja impresiones directas, el de la civilización refleja lecturas. Usted es una persona demasiado culta para no hacerse cargo de esto.

—Y, además, señor Selva, y perdone: usted necesita demostrar, con claridad meridiana, lo que, por otra parte, todos afirmaríamos: que es ajeno por completo a este suceso sensacional.

—Pch!, creo que no es eso lo que me impulsa... Eso se demostraría solo, y desafío a la autoridad a que pruebe lo contrario... Pero lo mismo da; el móvil no importa. ¿Le conviene a usted que le desenrede esta madeja? Entonces, sin faltar en lo más mínimo a sus deberes profesionales, auxílieme a su vez: entéreme ahora de lo que no sea reservado, de lo que la prensa de esta noche contará a todo Madrid.

El funcionario vaciló un momento. Creía, sin duda, contraer serias responsabilidades. Al fin se decidió:

—Pregunte usted.

—¿Quién es el muerto? ¿Se le ha identificado?

—Sí. Se llamaba don Francisco Grijalba; es malagueño, y solía venir a Madrid de cuando en cuando, a pasar unos días, por los negocios de la casa azucarera en que ocupaba un cargo importante.

—¿Persona de sociedad? ¿Soltero? ¿Rico?

—Algo de todo eso. Un muchacho «bien» y que trabajaba, y al cual se le auguraba un porvenir en los asuntos comerciales.

—¿Tenía querida en Madrid, o andaba a la que salta?

—No hemos llegado aún a dilucidar ese delicado punto... Veo que usted piensa que debe aplicarse el antiguo consejo: «buscad la mujer».

—¿Tenía familia en Málaga?

—Una hermana casada y el padre, un señor achacoso, que no podrá venir por sus padecimientos.

—¿Cómo le mataron? ¿Qué golpes o qué heridas recibió?

—Dos heridas de estoque, una de ellas bajo la tetilla izquierda, que habrá interesado el corazón. No se ha procedido aún a la autopsia.

—¿Cómo se las compusieron ustedes para identificar...?

—No ha sido difícil. ¡Oh! Nosotros ya estamos familiarizados... Se preguntó en los hoteles de lujo si faltaba algún huésped. Contestaron en el de Londres que no aparecía desde la tarde de ayer este señorito, don Francisco Grijalba. Se llamó al dueño y, en el Depósito, le reconoció.

Anoté en mi cartera: «Hotel de Londres».

—Puede usted proceder a tomarme declaración, señor juez —advertí—, después de que apure este cigarro. Y tomada la declaración, convendrá que, inmediatamente y sin necesidad de auto, porque el auto es usted mismo, se venga a mi casa a practicar un reconocimiento, a registrar mis papeles y mis armarios y todo. Al lado está el solar; convendrá también que usted lo examine detenidamente... En estos casos nada debe descuidarse.

Nuevas brumas se condensaron en la frente de aquel hombre, que no sabía si ver en mí al criminal cínico, descarado y lleno de osadía, o a un ser superior, *dilettante* de emociones, capaz de darle lecciones en

su profesión misma, a pesar de la biblioteca Alcán y las disertaciones académicas.

—Bien —profirió—; no veo inconveniente alguno en seguir la marcha que usted me indica, pues es la misma que yo me proponía; se lo digo a usted en confianza. A sus criados de usted se les interrogará, así que evacuemos la diligencia de registro.

Momentos después entraba el escribano y se me tomaba declaración. Dije la verdad estricta, lacónicamente.

—¿Qué hizo usted y por dónde anduvo todo el día de ayer? —fue una de las preguntas.

—Por la mañana, a las diez, estuve en casa del doctor Luz, con quien consulté. A las once y media volví a casa, y nada de particular hice, hasta las doce y media, hora en que me sirvieron el almuerzo. A las tres fui al Casino y leí la prensa y charlé de política con algunos socios. A las seis salí del Casino y estuve en la tienda del anticuario Roelas, en la calle del Prado. A las ocho comí en la Peña. A las diez salí de la Peña y, como en todo el día no había hecho ejercicio y me sentía muy aburrido y de muy mal humor, pasé sin objeto por las calles, desentumeciéndome. A las doce menos cuarto entré en Apolo, para desde allí, vista la última función, retirarme a casa a dormir.

—Fíjese usted bien. Se le va a leer su declaración —advirtió el juez—. Ante todo, le ruego que recuerde si habló con alguien o le vio alguien que le conozca, en esas dos horas, de diez a doce.

—Ya —observé—. Esas son las horas en que se ha cometido el crimen. Cuando yo ocupé mi butaca de Apolo, el cuerpo de don Francisco Grimalba estaba en el solar. Los médicos suponen que la muerte ocurrió de once a once y media, ¿no es eso?

—Eso es...

—Pues no puedo nombrar a nadie con quien haya conversado, ni que yo conozca, y me haya visto a esas horas. Yo llevaba alto el cuello del macferrán, un tapabocas de seda blanco, muy subido por temor a las neuralgias, y el sombrero calado; además, en la calle, huyo de los pesados que se nos agregan para quitarnos la soledad y no darnos compañía. Lo probable será que no haya coartada, señor juez.

El funcionario parecía reflexionar. Al fin decidió:

—¿De modo que usted ha dicho cuánto sabe?

—Sin quitar punto ni coma.

—¿Se confirma usted en que no conocía al muerto?

—Ni de vista.

Me leyeron la declaración, que firmé; y, ya extraoficialmente, el juez me interpeló:

—¿Insiste usted en que descubrirá la verdad sobre este crimen, que tan misterioso se anuncia?

Un momento dudé. Iba a comprometerme a algo que probablemente no podría realizar: tal vez antes, al jactarme de descubrir el crimen, había procedido a impulsos de esa fanfarronería o gasconada que tanto abunda, aquí donde el individuo, no auxiliado por la sociedad, cree llegar a todo por sus propias fuerzas, y llega, a veces. ¿Qué medios tenía yo para desgarrar el denso cendal? Y, sin embargo, allá en mi interior advertía dos estímulos: el primero, que descubrir el crimen quizás me interesaba personalmente, y a no descubrirlo yo, la justicia llevaba trazas de caer en una zanja honda; el segundo, que creía saber —de un modo oscuro, borroso, por artes singulares o por presentimientos casi increíbles— «algo» del sombrío hecho...

—¡Qué diablos! —reaccioné mentalmente—. Soy hombre de inteligencia y cultura, desocupado, y que además siente el inexorable golpeteo de la coronada... El drama me ha interesado en su primer acto; he de intervenir en el desenlace. El caso es que desde ayer no me aburro...

—¿Cuándo empecé a no sentir el peso del fastidio? —Cuándo solté el yugo de plomo?

Recordé. No me aburría desde el punto en que en el teatro, Andrés Ariza me injurió. Volví a ver su rostro demudado, alteradísimo, y la centella de granate de la gota sangrienta sobre la blanca pechera volvió a herir mis ojos... Resuelto, me encaré con el juez.

—Insisto en que lo pondré todo en claro, si se me ayuda con buena voluntad, con amplitud de espíritu, dándome facilidades, atendiendo a mis indicaciones y no prendiéndome todavía.

—Dispuesto estoy a hacerlo —concedió el juez—, pero usted no ignora que sobre mí pesan deberes y responsabilidades. No me pida usted sino lo que quepa en mis atribuciones.

—Usted verá. En la medida en que me auxilie prosperará mi indagatoria.

—¿Está usted conforme en que procedamos al registro de su casa inmediatamente? Lo ha solicitado usted —respondió de un modo evasivo el funcionario.

—Y vuelvo a solicitarlo. Si usted quiere, salgo delante, tomo un coche, y usted, señor juez, en otro, me sigue. A mi puerta le aguardo. No conviene que desde aquí nos vean ir juntos. Se nos vendrían encima mil curiosos.

Convino en ello, y me despedí «hasta ahora». Afuera, en los pasillos aguardaba un grupo de reporteros judiciales —alborotados con lo que el crimen parecía que iba a dar de sí, y la tela de artículos e informaciones que se anuncianaban— que intentó detenerme. Cortésmente, me escurri. No ocurría nada que mereciese referirse, les dije con amables fórmulas: todo seguía envuelto en misterio impenetrable. Dos fotógrafos, entre tanto, me enfocaron. La luz era escasa, y espero que por tal retrato no será fácil reconocerme.

III

Al acercarme a mi casa noté que bastantes papanatas permanecían parados delante del solar.

Se precipitaron a ver cómo me bajaba del coche. Minutos después llegaba el juez con el escribano y, en otro coche, dos sujetos bien portados, pero que tenían ese aire basto y burgués, esa falta de flexibilidad en el modo de llevar la ropa que caracteriza a la policía. Sus gabanes, sus sombreros, eran de líneas duras. No hice tal observación hasta que estuvimos dentro del hotel, pues fuera había oscurecido, y en el recibimiento, iluminado, fue donde nos saludamos.

—Los señores son de la policía —dije al juez—. Sean bienvenidos.

Uno se adelantó y se me acercó, con afectación cordial. De cerca, sus ojos eran sagaces, buscos. Después supe que, entre los de su profesión,

pasa por ser quizá el más entendido y de más fino olfato. Lo sensational del crimen, el revuelo que estaba iniciándose en Madrid, indujeron a que, desde los primeros pasos, se acudiese al renombrado Cordelero, poniendo en sus manos el asunto.

—Adelante, señores —me apresuré a decir.

Mi casa es una cómoda vivienda de soltero que ocupa posición desahogada y tiene gustos de arte y literatura. Está en perfecto orden, y mandé al criado, Remigio, y a su mujer, Teresa, mis dos antiguos y leales servidores, que franqueasen mis habitaciones. Los dos sirvientes tenían caras de desenterrados, en que se traslucía sin disimulo su terror a la justicia. Obedecieron, taciturnos, y, entregadas mis llaves, fueron abriendo puertas y muebles. Harto debían de saber que allí no se había cometido ni sombra de acción criminal, y, sin embargo, comprendí el temblor de sus almas. Registramos el comedor, el saloncillo, un gabinete donde tengo el piano, la cocina, las dependencias. Todo revelaba una vida pacífica, legal. Subimos al segundo, donde están los dormitorios y el baño. Fuimos derechos a mi alcoba, donde guardo mis papeles en un secreter Imperio, cuya llave presenté al juez. Mientras este la hacía girar, Cordelero, que permanecía en segundo término, se acercaba a la ventana y, rápido, recogía del suelo un paquete.

—¿Qué es esto? —preguntó, como si hablase consigo mismo.

Me volví y vi con extrañeza un envoltorio cubierto de tela oscura y amarrado con cinta negra, de seda.

—¿Qué es esto, Teresa? —pregunté a mi vez, dirigiéndome a la criada. —¿Quién de ustedes puso ahí ese envoltorio?

—No sabemos qué es, señorito. No lo hemos puesto.

Cordelero colocó el paquete sospechoso, muy cuidadosamente, encima de la mesilla donde suelen servirme el desayuno, y me interrogó con la mirada antes de desatarlo.

Al signo afirmativo que hice, soltó los nudos de la cinta, separó la cubierta, de percalina sedosa y apareció un abrigo de paño, fino y elegante de corte, muy doblado, y dentro de él varios objetos: una cartera olorosa de cuero inglés, un pañuelo, un reloj extraplano con su cadena, unos botones de pechera (ojos de gato y rubíes «calibrés»), unos guantes blancos, una petaca lisa con trébol de esmeraldas.

El juez me miraba, más encapotado que cielo de tormenta.

—Cordelero —supliqué—, voy a pedir a usted un favor. Este hallazgo extrañísimo debe aprovecharse, venga de donde viniere. No toque usted a los objetos de metal y cuero. Es del mayor interés que se tomen las improntas digitales que sus superficies conservarán, de seguro. La huella de los dedos del criminal o de su cómplice está ahí.

El policía me miraba, con expresión mixta de triunfo y de asombro. Para él era aplastante contra mí aquello de haber descubierto en mi casa el abrigo y los efectos de la víctima, después de hallarse su cuerpo en el solar. Y, a la vez, comprendía que mi observación era exacta y conforme al último figurín policiaco: allí estarían las improntas, las huellas de las yemas del asesino.

—No se tocará... —barbotó—. Señor juez, hay que tomar nota de lo que aquí aparece. Adelantose el criado Remigio. Su voz la entrecortaba y la empañaba un sentimiento de indignación.

—Con licencia de usía, señor juez, ese paquete lo han tirado desde el solar a este cuarto: que me degüellen si no es así —y se pasaba la mano, de refilón, por el pescuezo—. El señorito nos tiene mandado que la ventana de su dormitorio esté abierta siempre. Ya le tengo dicho que un día le darán un disgusto, que ese solar es muy mala vecindad: pero quien manda, manda. Él dice así, dice: «Más quiero que un día me roben, que respirar siempre aire malo». ¿Verdad, tú, Teresa, que es lo que dice el señorito? Y hoy, cuando vine a cerrar, de noche tan cierto como que soy Remigio Camino y nací en Lugo, entré a oscuras, y solo con la vislumbre de la luz del pasillo, cerré y me salí. El paquete lo tiraron desde fuera, y estaría ya dentro.

La explicación del fámulo tenía todas las trazas de verdad. Miré a Cordelero con sonrisa irónica. Él apartó la cara, malhumorado. ¡«Mi pista» era tan lúcida, tan aparatoso, tan cómoda! Siendo yo el asesino, no había que quebrarse los cascos ni riesgo de plancha policiaca. Ya me tenían entre sus uñas...

Terminado el registro y sellados, por indicación mía, los papeles, me volví hacia el juez.

—Desearía —rogué— hablar con usted y con el señor Cordelero reservadamente un cuarto de hora.

Salieron los comparsas —escribano, criados, el policía que secundaba a Cordelero— y ofrecí asiento a mis interlocutores.

—En estas primeras diligencias —afirmé— se ha perdido un tiempo precioso y lamento no haberme quedado a presenciar el levantamiento del cadáver por el juez de guardia. En el solar se habrían podido descubrir huellas del pie de los asesinos, que trajeron ahí el cuerpo desde el sitio en que se cometió el crimen.

—¿Por qué dice usted asesinos? —rezongó el policía—. ¿Está usted convenido de que son varios?

—Son lo menos dos; hombre y mujer. Y figúrese usted lo que valdría sorprender las huellas de un gentil piececito. ¡Ahora, ya es inútil: cien pisadas las borraron! En fin, al grano, señores. Ustedes parten de la idea de que yo soy el culpable. Hace unas horas, no lo extrañaba: no existía más apariencia que la mía; lo reconozco. Pero ahora, después de que han aparecido en mi dormitorio el abrigo y demás prendas de la víctima, hallo sumamente candoroso que no hayan ustedes cambiado de rumbo. Para quien tenga nariz, tal hallazgo es prueba refulgente de mi inocencia. Recuerden ustedes que yo mismo pedí el registro, y vean si, de ser culpable, no hubiese lanzado el paquete a una alcantarilla, que es lo de rigor. Señor Cordelero, le creí a usted más largo. Todo esto viene de que la prensa, por la mañana, empieza a asirse a mí, y abunda en reticencias acerca de dos hechos: que yo descubriese el cadáver y que mi casa linde con el solar. La turbamulta me cree culpable; y los verdaderos culpables, en vista de eso, y de que estas prendas les comprometían, han discurrido venir a boca de noche a meterlas por mi ventana. Probablemente su plan era dejarlas en el solar; vieron la ventana abierta, e hicieron puntería. Y se fueron, riendo. Se fue riendo, debo decir, porque no vendría sino uno. Esto reviste un carácter de trama burda, que no puede engañar a un funcionario judicial ni a un policía tan experto.

Cordelero no sabía lo que pasaba. La evidencia de mis observaciones le confundía. Entreveía un mundo de ciencia policiaca y una escuela de arfe, a la europea, que le avergonzaba por no conocerlas.

—¿Por qué dice usted —preguntó— que los criminales son un hombre y una mujer?

Me di el gustazo de desafiarle en un sonreír compasivo; y el juez se precipitó, deseoso de manifestar que comprendía más que el desconcertado sabueso.

—¡Porque..., amigo Cordelero, eso se cae de suyo! La víctima ha sido asesinada estando en la cama... Y como no fue asesinada en el hotel donde vivía, mujer tuvo que andar por medio.

—Mujer anda por medio siempre —afirmé—, pero a veces se queda entre bastidores. Aquí me atrevo a jurar que tomó parte activa. Ese paquetito fue liado por una mujer. El pedazo de lustrina que lo envolvía no es cosa que tenga en su casa ningún hombre; solo las mujeres conservan retales así en sus armarios. Acaban ustedes de ver los míos. No se parecían a los de una dama. La cinta es un accesorio que tampoco guarda ningún hombre.

—¿Qué dice usted, Cordelero?

—Usted me permitirá —contestó, involuntariamente mortificado— que me reserve mis impresiones.

—Resérvelas enhorabuena. Yo juego limpio y le doy a usted los triunfos. Los señores asesinos, sean quienes fueren, se han permitido procurar que recaigan en mí las sospechas. Voy a barrerles la telaraña: voy a descubrirles, y esto ha de ser en breve plazo. A lo sumo..., invertiré tres días, a contar desde este instante. Y, si cumple mi propósito, que lo cumpliré, deseo que recaiga en el señor Cordelero toda la gloria. Diré a quien me quiera oír que fueron ustedes, el señor Cordelero y el digno señor juez, los que alumbraron las oscuridades de la instrucción. En cambio, impongo dos condiciones. La primera, que trabajen, cuanto más mejor, por establecer mi culpabilidad. La segunda, que me averigüe usted, señor Cordelero, esta misma noche, por los medios que tiene a su alcance, los nombres y el género de vida de las personas que habitan en las casas de las dos calles que desembocan en esta. A los moradores de mi calle les conozco, y sé que no hay nada que aprovechar por ahí. Si usted tiene la bondad de traerme la relación mañana por la mañana, a mediodía me pondré en campaña..., y milagro será...

—La proposición me parece razonable, Cordelero —intervino el juez—. Selva no puede hacer más.

—Y vigile usted mi casa y mi persona mientras tanto; no se me ocurra escaparme al extranjero —añadí con el gesto de fina chunga que me plació adoptar—. Pero active esto de la lista. Y si usted no pudiese hacerlo, lo haré yo...; solo que entonces necesito un día más.

Cordelero contestó.

—¿No se ha de poder hacer? ¡Inmediatamente! —parecía un perro que no sabe si le ofrecen un hueso o un latigazo.

Mis criados declararon a su vez. Creyeron hacer una habilidad encerrándose en monosílabos y medias palabras.

IV

La noche fue agitada, como la anterior, y volví a soñar cosas incoherentes, no sobre el crimen, sino sobre la insignificante incidencia del teatro Apolo. Veía a Andrés Ariza precipitándose sobre mí con el puño cerrado, en el cual, como si fuese un apache, ocultaba una llave inglesa armada de un pincho agudo, de esos que causan herida mortal. Cuando yo iba a gritar «¡socorro!», Ariza escondía la mano y me tendía la otra, dándome mil satisfacciones. La pesadilla duraba aún al entrar Remigio, con la misma cara larga de la víspera, a anunciarme que ya estaba ahí «ese señor».

—Que entre, hombre... No esté tan afligido, no nos ahoran... Y tráeme el desayuno.

Siempre ceñudo, Cordelero sacó su lista e intentó leerla. Un movimiento mío le detuvo.

—Tengo que pedir a usted mil perdones; le hice trabajar demasiado y en balde. Debí decirle que no eran necesarios nombres ni informes de los inquilinos que viven con su familia, y son gente respetable y formal. Permitíame usted —añadí cogiendo la lista—. Don Antonio Díaz Otero y señora..., no hay caso. Marquesa de la Islaverde..., esa señora viuda y caritativa..., tampoco. Conde de la Baldía..., setenta años, reumático... menos. General Escalante. ¡Bah! El general es una persona muy seria. A ver, a ver... Aguarde usted... Doña Julia Fernandina... ¿No es esta la

que llamábamos Chulita Ferna, la famosa hija del conde de la Tolvanera? Chulita.... ¡Vaya! ¡En el número 15? Espere usted... Bueno. Mil gracias, señor Cordelero. Si usted me lo permite, guardo esta lista y me voy derecho al Hotel de Londres, donde la víctima se hospedaba.

—Ya se han hecho allí averiguaciones. No me toca exponérselas a usted, pero eso a mí no se me escapó, señor de Selva.

—Lo supongo. Pero, en fin, amigo, más ven cuatro ojos que dos. Lo que le suplico, en cumplimiento de lo estipulado, es que me acompañe al hotel, para que no tengan reparo en facilitarme indicaciones. Es más: si usted quiere, será usted quien dirija las preguntas. Ya sabe usted que toda la gloria del descubrimiento en el señor Cordelero recaerá.

Me miró, entre zaino y escamón, y se atusó el híspido bigote.

—Lo que encargo es reserva —añadí—. ¡Un cuidado infinito con la prensa! ¡Sobre todo al principio! No convienen espantaliebres. Deje usted que sigan acusándome. Nada de nuevas pistas.

Me arrojé de la cama; me vestí en un vuelo y salimos por una puertecilla que se abría sobre el diminuto jardín de mi hotel y comunicaba con otra calle. Y bien nos vino, pues ante la verja hacían centinela tres reporteros de diarios, que vanamente habían intentado corromper a Remigio y llegar hasta mí.

En el Hotel de Londres preguntamos por el dueño. Salió solícito y se puso a nuestras órdenes.

—Ya estuvo aquí el señor ayer, horas después del crimen —advirtió señalando a Cordelero—, y ha preguntado mil cosas... En fin, vuelvan a preguntar, que la verdad diremos. Nuestro afán es que todo se averigüe.

—¡Pobre señorito Paco, tan simpático! ¡Hay que reprimir la «inmoralidad»; los tiempos están perdidos!

Cuando habló así el hostelero, ponía yo en tensión mis facultades, y, allá en lo recóndito de mi ser espiritual, sentía algo tan anómalo, que apenas acierto a definirlo. Era como si la intuición confusa y vaga cristalizase de repente y su punta afilada me hiriese, arrancándome un grito. «Ahí, ahí», parecía que exclamaba en la sombra una persona desconocida, distinta de mí mismo. La inspiración debe de revelarse en tal manera, por una espe-

cie de dolor exaltado, al impulsar a los actos que no tienen que ver con la razón, con sus cálculos lentos y sus vuelos cortos. De este escondido fondo psicológico salió la voz que pronunció, como en sueños:

—Es cierto, le han preguntado a usted mucho, pero es preciso completar la indagatoria, enterándose de cuándo vino aquí por última vez a visitar o buscar al señorito Grijalba ese amigo suyo..., el señorito Ariza.

¡Verdad que viene de lo alto, verdad suprema! A mi interrogatorio, lanzado al azar desde lo desconocido, el fondista, con la mayor naturalidad, respondió:

—Deje usted que recuerde... El caso de la muerte del señorito Francisco ocurrió un lunes..., el sábado había estado aquí el señorito Ariza; pero no subió; mandó recado de que el otro bajase. Por eso me enteré.

—¿Venía mucho? —insistí, tembloroso, radiante.

—No, señor... Venía rara vez... Pero ¿se pone enfermo el señor? Tiene un color muy «malismo».

—¡Quia! Es que encuentro muy frío este locutorio. Siga, siga, ¿dice usted que venía poco? El caso es que se veían.

—Como verse, no digo que no se viesen. Yo solo me enteró de lo que pasa aquí; fuera, cada huésped tendrá sus amistades.

—¿Qué negocios traía ahora el señorito Paco? ¿Lo sabe usted?

—Vamos, como saber de fijo, de fijo..., no. Pero serían, como siempre, de esa Sociedad, la Azucarera, que representaba. Ya, otras temporadas que estuvo, trabajó en recoger créditos.

—¿Sabe usted si las sumas que cobraba las giraba a Málaga o las depositaba en alguna parte?

El fondista trató de hacer memoria.

—De eso me preguntó también el señor Cordelero... Yo, ciertamente, no sé... Lo único que puedo recordar es que pedía a veces comunicación por teléfono con el Banco. En el Banco debía depositarlas.

—¿Puedo ver la habitación del muerto? —interrogué.

—Está sellada por el Juzgado —advirtió el policía, severo—. Sin autorización...

—En ese caso, retirémonos. Poco fruto ha dado esta indagatoria —agregué hipócritamente.

Corrimos al Banco. Una fiebre dulce encendía mis venas. En vano me dirigía a mí mismo exhortaciones para moderar la fantasía, para no agigantar las cosas. El júbilo de hallar el nombre de Ariza mezclado en el sombrío drama me enloquecía. Desde el primer momento, como guio a los Magos una estrella, me había guiado a mí la gota de sangre. A su rojo brillo, ¡qué de horizontes! El negro crimen parecía esclarecerse ya. Y no obstante, ¿qué había averiguado yo de positivo? Que Ariza, como otros muchachos alegres de Madrid, era amigo de la víctima... Y no más; ¡y bastaba! Porque la fatalidad parecía haber puesto a Ariza en mi camino, y él, temerario, había cruzado su destino con el mío, igual que se cruzan dos espadas de combate...

En el Banco, el Director nos recibió, después de hacernos esperar un poco.

—Comprendo —dijo con verbosidad, después de los saludos y primeras frases— por qué interviene usted en este asunto, señor Selva; una serie de funestas coincidencias le pone en el caso de vindicarse. Para mí está usted vindicado. Si fuese usted culpable, el muerto no habría sido encontrado nunca en el mismo solar que linda con la casa de usted.

—Gracias por esa opinión, señor director. La policía piensa lo mismo, puesto que me permite asociarme a sus trabajos.

—Que serán muy arduos. Rodean a este crimen sombras tales...

—No lo crea usted. Las sombras no están en los crímenes, sino en los entendimientos. Apenas hay crimen sin rastros claros y elocuentes. Muy poco tardará en descubrirse el que ahora nos preocupa. Faltan algunos datos. Necesitamos saber qué sumas ingresó aquí la víctima.

—Tres veces, en quince días, trajo partidas considerables. Todo se transfirió a la cuenta corriente de la Sociedad anónima, en la sucursal de Málaga. En total, importaría lo ingresado unas cien mil y pico pesetas.

—¿Cuándo ingresó la última cantidad?

—Aguarde usted...

Pidió la fecha por teléfono a las oficinas y la respuesta fue que seis días antes del crimen.

—¿Cree usted, señor director, que Grijalba hubiese hecho efectivos ya todos sus créditos atrasados?

—No lo creo. Se hubiese vuelto a Málaga.

—No. Importa mucho precisar ese detalle. No necesito sugerir el porqué a una persona que tan sagazmente sabe hacerse cargo.

El director se acercó al teléfono nuevamente y dio una orden.

—Que venga el señor Durán.

Momentos después, el señor Durán se presentaba. En su ceceo, en su habla graciosamente contraída, revelaba ser paisano del muerto.

—Señor Durán —instó el director—, perdone que le molestemos, pero los señores aquí presentes tienen que hacer algunas averiguaciones respecto al crimen de la calle de...

Durán se encogió de hombros.

—Eze crimen poco tiene que averiguá... El criminá es Zelva; ¿quién va a zé? Hice disimulada seña al director de que callase y, sonriendo afablemente, asentí:

—Entendemos como usted que el criminal es Selva. Todo le acusa; pero el deber nos impone que esclarezcamos algunas peculiaridades. ¿Era usted amigo del muerto?

—Venía a vese a consultarme, porque yo conozco a tó Málaga y a toa la gente de negocio de aquí.

—¿Había realizado el señor Grijalba la totalidad de sus créditos?

—No señor; digo, si me diho la verdá. Siento veintisínci mil y ochenta peseta había realisao, pero el taho de cobro era mayó. Le quedaban por realisar unas siento setenta y do mil.

—¿De un solo deudor o de varios?

—Espérese uté... De la casa Bordado y Compañía. Parese que andaban mu reasios. Había diferencias de apresiasián en el totá del crédito.

—¿No sabe usted si pagaron al fin?

—Lo vamo a sabé ahora mismo, si el señor director me permite que telefonee tomando su nombre...

—Desde luego...

—Mil cuarenta... Bordado... Al jabla, bien... Pregunta el señó diretó del Banco si se hiso efetivo el crédito que contra esa casa tenía la Sociedá Asucarera de Málaga... ¿Ah? ¿Que ya comprende a qué viene la pregunta? Perfectamente, algo de eso habrá... ¿Que sí? ¿Cuándo? ¿Eh? ¿Er lune? Aguarde uté... ¿A qué hora? ¿A las tre de la tarde? Gracia... Un horró, pobresyo Grijalba... ¿Que etán ahí los documento justificativo de que Grijalba cobró y que puén verse? Ya lo suponemo, ¡una casa tan respetable como utés! Perdonen... Grasia.

—¿Qué tiene usted, señor Selva? —exclamó aturdidamente el director—. Se ha puesto usted muy encarnado... ¿Se siente usted malo?

—No señor... Es lo contrario. ¡Es alegría! Recuerden ustedes bien lo que acaban de oír: las ciento setenta y dos mil pesetas las hizo efectivas el señor Grijalba el lunes, día de su muerte, a una hora en que no podía ingresarlas en el Banco ya.

Al volverme hacia Durán para encargarle la buena memoria respecto a un extremo grave y de cuantía, le vi tan azorado y confuso que me eché a reír, pues me rebosaba la satisfacción orgullosa.

—¿Qué es eso, señor Durán? ¿Está usted cohibido porque acaba de enterarse de que soy el Selva a quien usted considera autor del crimen? No se apure, ¡qué tontería! Yo, desde afuera, diría lo mismo que usted. Lo bonito de estos casos es que parezcan una cosa y sean la contraria. ¡Verdad, señor Cordelero?

V

Me despedí del enfurruñado policía y volví a pie a mi casa, suponiendo que no me perdería de vista, desde lejos. Durante el no muy largo trayecto hervía mi imaginación reconstruyendo la historia de una única mujer de la vecindad que podía haber intervenido en el suceso. ¡Julia Fernandina, Julia Fernandina...!

Era hermana de la actual condesa de la Tolvanera; pertenecía a familia virtuosa, muy grave, muy ilustre... ¿De dónde? ¿De Andalucía? Sí, de

Andalucía... ¡Hasta juraría yo que de Málaga...! ¿Cómo Julita, la niña de la mejor sociedad, se había convertido en la Chulita Ferna, astro de la galantería equívoca? Como sucede en estos casos: empezando por el amor juvenil, loco, pero sagrado, y acabando por el vicio y la decadencia... A los veinte y tantos años, escandalizando a la *high life* andaluza, la aristocrática joven se fugaba con un maestro de francés. En París abatieron el vuelo los tórtolos. De la vida parisina de Chulita se contaban horrores. Su padre hizo cuanto pudo por desheredarla, pero al morir, agobiado de vergüenza, algo de su cuantiosa hacienda quedó a Julia, que vino a Madrid y se montó con lujo. Ninguna señora la trató, pero hubo dos o tres como ella, caídas y expulsadas de la sociedad, que asistieron a sus tertulias, en compañía de bastantes «muchachos de la crema» y de conspicuos aficionados al género. Diversos hijos de familia, y aun padres de lo mismo, se gastaron con Chulita un riñón. Después empezó a palidecer su estrella, aunque no cambió su conducta; solo que en vez de exhibirse en fastuosos trenes, vivía casi en el retiro, como viven, en la linde de los cuarenta, muchas de estas que podríamos llamar monjas recoletas del demonio. No por recoleta haría penitencia. Seguía desplumando a los pájaros gordos y con enjundia si los encontraba, y asociada a algún mozalbete. ¿Quién era el socio más reciente? ¡Si yo estaba seguro de haberlo oído en la Peña!

Mi memoria se tendía como una cuerda de guitarra cuando aprietan la clavija. Evocaba el tipo de belleza de Chulita, menudo, delicado, cuerpo de una gracia serpentina, cabecita pequeña, género Goya, del que ahora se llama «inquietante». Sus ojos eran flechadores y ojerosos, y al encarercer sus encantos, más o menos íntimos, se solía detallar su pie, muy arqueado y estrecho. Lo que tenía yo presente era la boca, cruenta en el rostro descolorido. Aquella boquirrita bermeja me había sugerido, en ocasiones, ideas no muy santas. Actualmente, la semejanza de la boca con una herida fresca me recordó las dos del cadáver de Grijalba, el pecho blanco, juvenil, con agujeros lívidos. ¿Sería en casa de Chulita donde el crimen se había consumado?

Por un momento, y a pesar de los éxitos ya conseguidos, comprendí que me había excedido al comprometerme a poner de manifiesto, en tres días, la urdimbre de la negra tela. Mientras me desalentaba, en los rincones de su subsconciencia seguía trabajando el recuerdo. El fonógrafo en

que archivamos las impresiones pugnaba por emitir una; ansiaba hablar. El fenómeno era curioso: algo que tenía olvidado porque cuando lo oí no revestía para mí importancia, al adquirirla ahora tan capital, sordamente volvía ahora a la superficie.

Me veía en la Peña, a la una de la madrugada, soltando distraídamente los diarios, mientras que a mi lado, clavel blanco en el ojal y cigarro en boca, Manolo Lanzafuerte y Pepito Arahal charlaban, como siempre, de mujerío. Mezclábanse allí los recatados deslices de altas damas y nobles dueñas, con las estrepitosas aventuras de busconas y daifas; se recontaban ruinas, escándalos, daños, campanadas estrepitosas y mansos acoquiamientos. Y el nombre de Chulita salió a relucir.

—¿Chulita Ferna? ¡Hombre, pues es verdad! Desde que ha tronado con Perico Gonzalvo, no se sabe...

—Estará con algún pollete. Gonzalvo es ya tan viejo que no puede con el rabo, y, además, no hay guita.

Intervenía entonces Tresmes, el escéptico Tresmes, que daba siempre la nota del desengaño, y murmuraba, burlón:

—Con un pollete está, porque cuando se ponen fondonas...

—¡Fondona Chulita! —protestaba Arahal—. Hombre, no entiendes el asunto... La he visto anteayer; iba en un cochecillo hacia el Hipódromo. Había que quitarse el sombrero. Más guapa que nunca. Es de las anañadas; tiene un secreto. No representa ahora arriba de veintiséis años.

—Pues, hijo, échale encima quince o veinte.

—Lo que os dé lo gana. Eso de la partida de bautismo es pamplina para los canarios. La edad de las mujeres está en la cara y en la serranía. Chulita vale por doce de esas niñas peinadas a lo serafín, que saben a calabaza cocida. ¡Es mucha hembra!

—¿Por qué no te has arreglado con ella tú? —preguntó con fisga Tresmes.

—¡Ay, ay! —gimió Arahal imitando el cante jondo—. ¿Sois simples como pájaros fritos o sois desmemoriados? Chulita, para mí, pertenece al pasado ya... ¡Si estás hartos de saberlo! No digas que no, Manolo.

—¿Y por qué la dejaste?

—Porque llegué a tenerla miedo...

—;Miedo?

—Yo me entiendo... Es temible. Derrite el dinero y derrite el tuétano. Bueno es que no sean de pasta flora; los ángeles, para el que le gusten; pero tanto, tanto... En fin, si os queréis enterar...

—¡Bah! Enterados estamos, hijo... Que diga Tresmes, ya que lo sabe, quién es el de ahora.

—Que lo diga... Que lo diga...

—¡Que lo diga! —cavilaba yo, ansioso, con la fatiga del que olvidó lo más interesante... Y, como centella deslumbradora, después del momento congojoso, el nombre saltó, brotó, con ímpetu...

—¡Andrés Ariza! ¡Andrés Ariza!

Me quedé absorto. Me paré, me recosté en una esquina. Todo se confirmaba. Ya no podía quedarme ni sombra de duda, ni señal de incertidumbre. Veía el crimen como si lo estuviese presenciando: en sus móviles, en su trama, en su desarrollo. Era la graduación clásica de la caída moral, hasta las profundidades abismales. La pareja apurada por ahogos de dinero; las combinaciones infructuosas para granjearlo; la hipótesis criminal empezando a agitarse y rebullir, como gusano venenoso, en su pensamiento; la llegada del amigo provinciano, que viene a realizar fuertes sumas, créditos de importancia, y es fácil de atraer, porque acaso desde hace tiempo le envuelva el hechizo de Chulita; la emboscada preparada para el instante en que el dinero no puede ingresar en el Banco; los pormenores del hecho atroz, el velo de misterio que se tiende, espeso y tenebroso, en derredor de la verdad... ¡Y todo lo había yo descubierto, solo con la fuerza de mi instinto, con el romanticismo de mi fantasía, combinando los sucesos reales, visibles, para encontrar la clave de los recónditos!

No se trataba ya sino de confirmar lo adivinado. Para ello tenía yo que jugar un poco al «detective» y servirme de medios un tanto extravagantes, con espíritu de novela jurídico-penal. El primer paso consistía en la entrevista con Chulita Ferna. Lo que esa entrevista hubiese de ser me lo dictarían las circunstancias, la casualidad amiga, el azar, terrible numen que tanto me iba protegiendo.

En mi situación, ¿qué haría un «detective» profesional? La cosa es obvia: empezaría por disfrazarse. Apenas lo hube imaginado empecé a dar vueltas a la idea del disfraz. Quería uno que me permitiese recobrar mi personalidad a todo momento, sin la ridiculez de las barbas postizas y la blusa de albañil, sin renunciar ni breves instantes a la exterioridad de la clase social a que pertenezco... Chulita me conocía muy poco, de vista, de años atrás. Yo no la tenía inscrita, como Pepito Arahal, en los anales de mi pasado. No era, pues, necesario realizar una gran transformación. Entré en una barbería y me hice rasurar la barba y bigote, según los últimos cánones de la moda... Adquirí en una perfumería una cajita con pasta para comunicar a la piel un ligero tinte rojizo, y me dirigí a mi casa con propósito de estrenar un terno que acababa de recibir de Londres. Adquirí la certidumbre de que Cordelero seguía vigilándome y de que no se me perdía de vista, porque dos sujetos, de indudable traza policiaca, que se hacían los transeúntes alrededor de mi hotel, no ocultaron un movimiento de asombro al verme entrar afeitado, y otro más marcado aún, hosco y violento, al verme al poco rato salir convertido en inglés elegante. No supieron disimular su alarma; y persuadidos de que iba derecho al tren, me siguieron, ya sin disimulo, quizás resueltos a echarme mano. No sería pequeña su admiración cuando comprobaron que me dirigía, sencillamente, al número 15 de la calle inmediata, y, previa una pregunta al portero, subía las escaleras despacio, como quien va de visita.

Al llamar en el piso entresuelo de la mundana salió una doncella pizpireta, cuya respingada carilla y gesto picaresco reñían con las ideas tétricas que me guiaban allí.

—¿Espera la señora al señor? —preguntó con mezcla de reserva y melosidad.

—Por lo menos sospecha mi venida —contesté, intrépido—. Traigo un recado del señor Ariza; un recado urgente.

Era arriesgado, pues Ariza podía encontrarse allí mismo; pero solo con audacia se avanza en ciertas situaciones.

—Pase el señor —se apresuró a conceder la doncella—. ¿A quién anuncio?

Di un nombre inventado, mixto de inglés y español, y me introdujeron en la sala, refinadísima y con notas de arte delicado, de Chulita. Desde la

puerta, un perfume insinuante se me coló por las narices, dominándome el sentido. Era el aroma trastornador de la blanca y carnosa gardenia.

VI

Soy muy sensible a los perfumes, y, si no me dan jaqueca, al menos me encalabrinan los nervios y me producen una excitación malsana. Aquel aroma, ya percibido en el teatro de Apolo, me recordaba la gotezuela de sangre. Entré en la sala bajo el influjo de tal olor, que delataba y acusaba a Chulita. Como efluvio ya perdido y lejano, acudió a mi sensibilidad íntima la reminiscencia de otra sensación. Se me figuraba que también el muerto, y los objetos lanzados a mi dormitorio, que habían pertenecido al muerto, exhalaban ese olor, que yo, desde el teatro, traía, como una obsesión, en mis mucosas. Esperando, ocupé un sillón, de forma muy elegante, igual que el resto del mobiliario. El retrato de Chulita, hecho por un pastelista de moda, se ostentaba sobre el sofá. El artista, muerto muy joven, había traducido fielmente aquella expresión enigmática de los oscuros ojos, aquella sangrante frescura de la boca, y, además, el modelado exquisito, de un busto perfecto, diminuto como el de una niña, diabólicamente virginal, que señalaba el ceñido traje, de forma imperio, de gasa rojiza, realzado por cinturón y bordados de plata oxidada. ¡Oh, mujer, señuelo del espíritu del mal! ¡Bajo esa gracia tuya late el hervor de la gusanera del sepulcro!

Cinco minutos tardaría en presentarse la pecadora. Durante ese corto plazo yo había trazado mi plan de campaña.

Era, como todos los míos en este asunto, un ataque por sorpresa, en que fiaba la victoria a lo brusco de la acometida. Convenía no dar tiempo a que la astuta se pusiese en defensa. Importaba cogerle la acción, con hábil maniobra, con rapidez fulminante.

Me levanté y la saludé hasta los pies. Venía risueña, infantil, divinamente ataviada con un traje de interior, de crespones y cintas fofas, representando los veinticinco, a lo sumo —pero doloridas ojeras color de malva orlaban sus ojos de sombra—. Un azoramiento reprimido y nervioso se revelaba en la retracción involuntaria de la mano que me tendió, y que estaba fría y madorosa a la vez.

—Le he anunciado que vengo de parte de Ariza... Perdone usted, señorita, este pequeño engaño, cuyo objeto era ser recibido prontamente —dije con pronunciación no extranjera, sino levemente extranjerizada—. Vengo por cuenta propia. Soy malagueño, criado en Londres, y conozco mucho, y desde hace bastantes años, a la familia de don Francisco Grijalba, que ha sido asesinado, como usted no ignora.

Un tinte terroso se esparció por la cara de Chulita, y sus pupilas giraron, como si la cegase un rayo de luz demasiado fuerte.

—No comprendo, señor mío, qué relación...

—¡Ay! señorita, veo que se encuentra usted muy atrasada de noticias... —exclamé, sin asomos de ironía—. Ya me lo temía yo; los que tenían obligación de velar por usted son los que la abandonan, llegado el momento crítico. No se comprende que, amándola a usted, Ariza proceda de tal modo. Usted ignora la tormenta que se ha formado y va a estallar, y caer sobre su cabeza de usted. En Málaga, y también aquí, la gente empieza a señalar como culpables de la muerte de Grijalba... ¿No adivina usted a quién?

—¿Cómo quiere usted que adivine? —contestó, rehaciéndose y flechándose su relampagueante mirada, en que la soberbia era, lo comprendí, disfraz de un pavor hondísimo.

—¿Es posible que nada sepa usted? ¡Qué indignidad, tenerla a usted en la ignorancia de lo que tanto la importa! Ya desechada una falsa pista, se sigue otra: todo Madrid, soliviantado por este crimen del gran mundo, señala a usted y a Ariza como autores de la tragedia.

Un movimiento confuso, un balbuceo cortado salió de sus labios de grana, que amorataba en aquel momento el reflujo de la sangre al corazón. Vi que estaba bajo la presión de terror del animal cogido en el lazo, bajo el dominio del puro instinto, y comprendí que, por unos minutos, era mía. Decidí aprovecharlos.

—Va usted a ser presa sin tardanza. Ariza, ¡esto es lo peor!, en vez de prevenirla a usted, se ha marchado, nadie sabe a dónde... Se le busca, pero no se ha dado con él...

Era aventurado el golpe, pues Ariza podía, en aquel mismo momento, llamar a la puerta. Yo contaba con la casualidad, próvida, oportuna. Hice

bien: Chulita no dudó; se vio perdida; quiso gritar y no pudo; se llevó la mano a la garganta y aumentaba su palidez hasta un tono mortal; cerró los ojos, desvaneciéndose.

Entonces hice algo osado, más loco. La tomé en brazos y avancé con mi carga casa adentro. Como había supuesto, el gabinete y la alcoba estaban seguidos, en pos de la sala. No dividían a la alcoba del gabinete sino dos altas columnas, detrás de las cuales colgaba una cortina de espléndido encaje de Bruselas, hecha expresamente, sin duda, pues ostentaba el monograma de Julita y la corona condal de la Tolvanera (no sin derecho, pues la hermana de Julita no tenía hijos). Vi esto en un relámpago de ojeada; mis facultades parecían haberse duplicado. La inspiración acudía. Preparaba mi drama mentalmente, como el artista su creación. Levanté la cortina riquísima y apareció el lecho, de madera blanca con tallas doradas admirables de rosas, carcajes y palomas, velado también de encajes, mullido de sedas... Era allí, en aquel nefando altar de galantería y depravación, donde había sido sacrificada la víctima. Me representaba la escena: Grijalba, dormido e inerte, Ariza, clavándole su estoque, atravesándole el corazón, y a pesar de lo corto de la hemorragia en tales heridas, recibiendo, sin saberlo, en la pechera, la marca, el estigma del crimen; la gota de sangre que me había iluminado como un astro rojo...

Deposité a Chulita encima del lecho. Continuaba el sícope. Le di aire con mi pañuelo y, como no volvía en sí, busqué la complicada abertura de su corpiño, y desabroché y arranqué cintas, y desvíe telas para que respirase, y de una mesilla con chismes de plata tomé, precisamente, un pulverizador. Del pulverizador salió un amia impregnada de aquel mismo capicioso, embriagador perfume que se respiraba en torno, y cuyo vaho jaqueoso vino a mí en el teatro, saliendo de las ropas del asesino... Un olor es una cosa viva, o al menos un duende que se nos mete en el ánimo y lo conturba, y lo posee, y lo embriaga. Yo perdí la razón y me entregué a la sugestión del perfume. Abrió ella lentamente los ojos, suspiró y, con impensado movimiento, echó a mi cuello los brazos... Una sonrisa silenciosa florecía en el rojo cáliz de su boca sangrienta y, en el negro abismo de sus pupilas, un reflejo infernal me atraía y me espantaba. No era la mujer y sus ya conocidos lazos y redes lo que causaba mi fascinación maldita: era la idea de que aquella boca estaba macerada en el amargo

licor del crimen, en la esencia de la maldad humana, que es también la esencia de nuestro ser decaído, y al morderla gustaría la manzana fatal, la de nuestra perdición y nuestra vida miserable... Ella, muy bajo, repetía: —¡Sálvame! ¡Ese infame me ha abandonado! ¡Ya lo temía yo! ¡Se llevó el dinero! ¡Él lo hizo todo, todo! ¡Sálvame! ¡He de quererte tanto! ¡Tú no sabes cómo quiero yo! ¡Mi amor es una brasa viva! ¡A él lo aborrezco! ¡No me dejes ir al patíbulo! ¡Sálvame, amor, amor...!

Esto entrecortado, esto suspirado, entre las ondas mareadoras de su aroma insidioso, de sus ropas y de su piel de tafetán, entre el nudo serpantino de sus brazos y el embrujamiento de sus labios en que las mieles antiguas habían dejado múltiples sabores de perversidad y de anatema. Y la promesa me fue arrancada:

—No tengas miedo, te salvaré...

Por orden mía hízome después el relato del crimen. Todo combinado por Andrés: «¡Todo!», repetía, rebajándose ante mí, con la vileza de querer trasladar la culpa, porque sería noble defender al otro, pero Chulita parecía más mujer al temer y mentir... Y yo la miraba compasivo.

Me olvidaba de que, poco antes, había entrado en la morada de Chulita dispuesto a tenderle un lazo que la perdiése; a adquirir las pruebas de su crimen. Fue el filtro de las épocas poco varoniles, el del olvido y la indulgencia, lo que corrió por mis venas durante un momento, momento irreparable. Acababa de comprometerme a salvar a la mujer, y mi compromiso me hacía, en cierto modo, cómplice de los dos reos. El eje de mi conciencia había girado, cambiando la orientación de mi espíritu. Una parte del pecado me correspondía ya. La horrible manzana había crujido entre mis dientes y su ceniza me obturaba la garganta, me cegaba los ojos. Yo me recostaba allí donde habían asesinado la cortesana y el perdido, y su crimen me entraba por los poros, me subía al cerebro, serpeaba por mis nervios, cuya vibración sensual duraba aún, y me envolvía en un aire de insensatez, tal, que sin saber lo que hacía, abrí la ventana del gabinete y expuse mi frente al aire puro y helado del exterior. Era una imprudencia incalculable; podían verme en aquella casa donde, acaso al día siguiente, se concentraría la curiosidad de todo Madrid. Pero el baño de aire restauró algún tanto mi conciencia y me prestó lucidez. Me insulté por dentro, me despre-

cié... Y, como David, me arrepentí. ¡Miseria humana! Me acerqué a la criminal. Estaba pasándose un peine de plata y concha por los cabellos, admirablemente negros, sin tintura, y me sonreía victoriosa, alegre con un triunfo más, aunque todavía agobiada de terror infantil. Retozando, le dije al oído, como si se tratase de un juego:

—¿Ves?; por aquí, por este pescuezo tan redondo y tan suave, donde nacen los ricitos crespos, te echará el verdugo la argolla...

—No! ¡Has prometido salvarme! —gimió, próxima a desvanecerse otra vez.

—Pues si he de cumplir mi promesa, conviene no perder un minuto, Chulita... Vas a contarme cómo fue, sin omitir nada, diciendo la verdad, ¿entiendes? Si mientes, ¡peor para ti! Y después recogerás tus joyas y el dinero que tengas; yo te daré el que te falte, y de aquí, a la frontera francesa. ¡Habla, habla!

VII

Parecíame como si oyese algo que supiese de antiguo. Mi adivinación había ido derecha a la verdad.

—Yo —declaró Chulita— no conocía a Grijalba, pero él, que era de mi tierra, me vio en el teatro y se encaprichó. Andrés, ¡el malvado Andrés!, andaba tan mal de dinero; las cosas habían llegado a un punto tal, que no tenía solución. Dirán que yo gasto... Él jugaba, jugaba y perdía. Se desesperaba. Me habló de marcharse a América, de pegarse un tiro, ¡qué sé yo! Oye, eso de mis joyas... Ninguna me quedaba ya. Todo empeñado, vendido, ¡hasta los muebles!, excepto estos, sin los cuales no me podía arreglar... Pero mira...

Abrió una puerta contigua al gabinete y vi una habitación desmantelada, con solo una silla paticoja y una mesa ordinaria.

—Eso era el comedor... Tenía preciosidades... Tallas, tapices, plata repujada, alfombras. Todo marchó... Un día me dijo que podíamos salir del paso, que había llegado su amigo Grijalba, hombre de dinero, y que, ciegamente prendado de mí, me adelantaría de seguro la suma que le

pidiése. Y Grijalba vino, presentado por Andrés. Parecía entusiasmado; pero cuando llegó el instante de pedirle el adelanto de la cantidad, se mostró tacaño, se escurrió, pretendiendo que era aún un modesto empleado, pero que, al año próximo, le asociarían a la Azucarera y tendría medios de mostrarse más generoso. ¡El año próximo! ¡Años próximos a Chulita! Nunca he sabido yo lo que es el año próximo... Para mí no hay más que el momento presente... De ningún otro estamos seguros. ¡Bah! ¡La vida es corta! Y tampoco hay más amor que el presente, el que acaba de quemarme el alma, ¿has entendido? Y yo no me voy de Madrid, serrano, si no me juras que te reunirás conmigo en el extranjero...

—Adelante, Chula, adelante...

—Entonces, Andrés empezó a persuadírme de que teníamos otro medio de sacar partido de Grijalba. Él venía a realizar importantes créditos. Cosa de millones, según parecía. Si conseguíamos atraerle aquí un día en que acabase de cobrar, era muy fácil sustraerle la cartera, sin que pudiese reclamar, y hasta haciéndole creer que la había perdido en otra parte. Era una cuestión de habilidad. Pero Grijalba, muy precavido, depositaba sin tardanza en el Banco. Ya desesperábamos del golpe, cuando una tarde se me presentó Andrés; venía como loco y hablaba como en sueños. «Ha cobrado hoy ciento setenta mil pesetas de la casa Bordado y Compañía... No ha tenido tiempo de ingresar... Como es tan desconfiado, no lo dejará tampoco en el hotel... ¡Y vamos a arreglar que pase aquí la noche!». Lo arreglamos. Andrés no aparecía; rara vez aparecía estando Grijalba. Se ocultaría. Mi doncella, lo mismo que en otras varias ocasiones, por lo cual no tenía que extrañarlo, fue enviada fuera, a dormir en casa de una prima suya. Andrés vino al anochecer; no le vio subir nadie. Los porteros estaban cenando. Momentos después, y sin ser tampoco visto, Grijalba. Le serví aquí mismo una cena fiambre y procuré que bebiese la mayor cantidad de champagne y de licores posible. No diré que se achispase, pero algo se mareó. Contribuyó al mareo un cestillo de gardenias que me había enviado y que puse cerca. ¡Olían tan fuerte! Andrés se agazapó en esa habitación sin muebles. Esperaba a que yo registrase la ropa de Grijalba, sacase la cartera y se la pasase por la rendija de la puerta. Pero Grijalba era, en efecto, desconfiadísimo. A pesar del mareo, puso la cartera debajo de la almohada; se veía que no pensaba sino en su cartera. Aquello me indignó: era un desprecio para

mí. ¡Tanto preocuparse de su cartera! Yo no lo comprendo: lo primero es el amor. Salí con un pretexto y advertí a Andrés de lo que ocurría. Le vi fruncir el ceño, morderse el bigote y reflexionar. «Apaga la luz», me dijo, «y enciende de golpe cuando yo esté dentro». Le obedecí. Yo era una máquina. Andrés se quitó las botas: no le oí entrar. «Enciende», murmuró su voz, como un soplo. Di vuelta a la llave... No tuve tiempo sino de ver un relámpago, el brillo del estoque desnudo, que fulguró dos veces, al herir a Grijalba, que medio se incorporaba, atónito. La primera herida le arrancó un grito; la segunda, nada, porque había pasado el arma a través del corazón. Gayó sobre la almohada, inerte. ¡Qué pronto se muere uno!; por algo digo yo que todo vale poca cosa... Ya ves... Andrés registró y se guardó la cartera. Después volvió a calzarse —venía descalzo—. Luego se miró los puños y la pechera, receloso de alguna mancha. No la había...

—Sí, la había —respondí a Chulita solemnemente—. Tanto la había que yo la vi, y por ella he llegado a descubrir cuanto ha sucedido. Por una gotita, por nada. Sábelo, por si quieres mudar de vida: nada se oculta, todo lo señala, todo lo revela «aquellos» que nos castiga siempre a proporción del delito...

Un estremecimiento profundo pasó por el cuerpo de la narradora. Un escalofrío sobrenatural heló sus venas un segundo.

—Cada uno tiene su suerte... Yo ya no puedo mudar de vida... Yo no puedo ser buena...

Acercó su boca a mi oído, como había hecho yo con ella momentos antes, y balbució:

—¡Estoy en poder del Malo desde hace mucho tiempo! ¡No sabes que mi padre murió de la pena que le di con mis locuras?

Con infantil volubilidad, añadió:

—¡Pero sálvame! ¡Tengo miedo, mucho miedo!

—Sigue...

—Me dijo entonces que era preciso esconder el cuerpo, sacarlo de casa. La parte más difícil. Me entró una angustia. Bebí, para reanimarme, una copa de *cognac*. Andrés no hacía sino repetir: «Démonos prisa, démonos prisa».

Le vestimos en un vuelo; se le manejaba bien, porque estaba flexible aún. Le salía de la boca una espuma encarnada, que limpié con un pañuelo. Nos olvidamos de cubrirle con el abrigo, porque él lo había dejado en la antecámara. Yo cogí mi llavín y di luz a la escalera. Antes miré por la vidriera si andaba rondando el sereno, lo cual sucede rara vez si hace frío. Todo estaba solitario. Ayudé a Andrés a bajar el cuerpo al portal, y abrí la puerta de la calle. Por fortuna tengo bien poca escalera. Andrés me mandó que cerrase y subiese. Quería yo acompañarle, pero me dijo que una mujer llama más la atención. Bastaba él. Cinco minutos después, volvió. «Lo he dejado en el solar ese, al lado del hotel. Creo que tardarán en encontrarlo...». Se atusó, se miró al espejo. No se gastaría hora y media en todo lo que te he contado, desde la llegada de Grijalba hasta que descansó en el solar su cuerpo... «Conviene», advirtió, «que me vean en algún sitio público; voy a hacerme presente. Tú lava, si hay manchas; tienes horas disponibles». Y se fue.

Cuando dijo así Chulita, sonréí. ¡El fingido enojo del teatro de Apolo! ¡Un medio de exhibirse, de preparar testigos que afirmasen que casi a la misma hora en que el crimen pudo haberse cometido, él, Andrés Ariza, se encontraba en un teatro, lejos del lugar en que ocurría la tragedia!

—Y después, Chulita?

—Me quedé sola. Cada vez me persuadía más que todo era mentira. ¡Qué disparate! ¡Un muerto, que parecía haberse deshecho en humo! ¡Un muerto en mi alcoba! ¡Yo vistiéndole, yo llevándole por la escalera abajo! Pero Andrés, al desaparecer, me había encargado que mirase bien si había sangre. «La sangre es la que habla», repetía. Miré. En las sábanas hallé señales. En el suelo, nada. El estoque era más fino que una aguja. Lavé las sábanas, que poco tenían, y no quedó otra huella que el reloj, los gemelos y demás. De madrugada, Andrés vino; envolví cuidadosamente estos objetos y se los llevó para hacerlos desaparecer.

—Quien debe desaparecer inmediatamente eres tú —exclamé, enterado ya de cuanto quería—. Vístete de trapillo; ponte sombrero pequeño, velo tupido y, dentro de una hora, si no recibes aviso en contra, vete a la esquina de la calle de... Allí te aguardará un automóvil alquilado por mí, que te llevará a Francia. Toma un poco de dinero; el mecánico te entregará un sobre con alguno más. Si puedes, no vuelvas a pecar...

Me clavó sus ojos orlados y que sabían volverse inocentes en su delito de pasión, y murmuró:

—¡Reúnete conmigo en Francia... Aunque solo sea para convertirme!

VIII

Puesta en salvo Chulita, faltaba hacer otra cosa. Desde que había reconocido con bochorno mi flaqueza, mi propia infamia; desde que me sentía capaz de sufrir la atracción del abismo, me volví relativamente misericordioso; quería evitarle a Ariza, por lo menos, la afrenta pública.

Informado del domicilio del criminal, al preguntar por él en la casa de huéspedes —no muy decorosa—, a que le había traído, sin duda, su crítica situación económica, me advirtió la patrona, encogiéndose de hombros:

—¿El señorito Andrés? ¡Pues si hace más de tres días que no aporta por aquí! Me retiré sin demostrar extrañeza. Aun cuando la prensa no había hecho alusiones que pudiesen alarma al criminal, era lógico que anduviese azorado. Lo que yo le había contado a Chulita, acerca de la desaparición de su cómplice, era invención, pero en buena ley, no parecía sorprendente que levantase el vuelo el culpable.

¡Vaya un policía que hago!, pensaba yo. Soy un torpe con estos retrasos y preparativos. Lo primero que se mandaba antaño era «prender los cuerpos y asegurar las personas» de los sospechosos. Con mis romanticismos, a la una la he librado de la justicia y, al otro, probablemente, también. Apenas se reirá Cordelero... En fin, aunque tarde, hagamos lo debido. Voy a declarar ante el juez la verdad entera. Acaso Ariza no haya salido aún de España.

El juez me oyó con admiración. Mi relato era dramático y tenía el sello inconfundible de lo auténtico. Lo único que no le dije fue que Chulita, seguramente, no se encontraba ya en tierra española.

—Le aconsejo a usted, señor juez —añadí—, que me permita continuar dirigiendo este asunto bajo cuerda, a fin de que no se pierda un minuto. Los culpables, al pronto, han estado seguros, porque la justicia seguía una pista falsa. Ha sido bueno que se me acusase. La opinión empezaba a extraviarse

y la prensa a señalarme ya claramente, a azuzar al vulgo contra mí. Pero, de un momento a otro, Ariza, que tiene el dinero, puede evaporarse.

—Se van a tomar todas las medidas... Usted nos aconsejará...

Púsose la policía en movimiento, con gran reserva. Respecto a Chulita, sabía yo que no sería fácil capturarla, y que, además, no lo intentarían aún. A las doce de la mañana del día siguiente, tampoco Ariza había aparecido. Vino a comunicármelo el siempre receloso Cordelero, y comprendí que, a pesar de lo significativo de esta desaparición, aún no había llegado a su espíritu la persuasión de mi inocencia.

—¿Cómo se explica usted que no aparezca el señor Ariza? —me preguntó huraño.

—O él se esconde bien, o ustedes le buscan mal —fue mi respuesta.

—Quisiera ver cómo le buscaba usted —retó el policía.

—Pues bueno —contesté, picado en el punto sensible del amor propio..., en la vanidad del aficionado que quiere dar lecciones a los profesionales—. Voy a rematar la suerte, amigo Cordelero. Voy a encontrar a Ariza. Ustedes, por su lado, trabajen; yo, por mi cuenta. Solo les pido un favor. Que hoy no me vigilén, y mucho menos vigilen la casa de doña Julia. Que nadie aporte por allí. Es indispensable. ¡Concedido?

—¡Si a usted «ya» no le vigilamos! —protestó él.

—Basta. Libertad y soledad, al menos en unas horas.

De nuevo llamé en mi auxilio a la extraña facultad de semiadivinación que, sobre una base insignificante en lo real, me había guiado al través del laberinto del sombrío crimen, llamado, en apariencia, a no salir de las tinieblas, como tantos otros que en Madrid se cometan. Mis inducciones de psicólogo me sirvieron para combinar un proyecto, a la vez poético y sutil. Me apoyé en la idea de «la querencia». Como el toro, el criminal la siente. Raro será el criminal que no ronde los lugares donde ha delinquido. La misma zozobra de la persecución les incita a llegar a donde suponen que sucede algo que puede importarles. Hay un anzuelo clavado en su alma, y el misterio tira del cordel y le atrae. Son peces asegurados por el Pescador... Y en Ariza, a la querencia del crimen se unía la de la mujer. El pez picaría...

Me embosqué en el portal de Chulita, habiendo antes sobornado a la portera con propina untuosa. Estaba resuelto a no moverme de allí en bastante tiempo. Diestramente, me enteré de que, en la casa, la desaparición de la mundana no había preocupado a nadie, porque ella, cauta, dejó dicho a su doncella que iba a pasar un día en Aranjuez, de broma con amigos, y no siendo el caso insólito, nadie se preocupó, y se la esperaba aquella noche o al día siguiente. La policía, siguiendo mis instrucciones, no había aportado por allí. Me instalé en un sofá desvencijado, en la portería, y aguardé en acecho, paciente. En el bolsillo de mi abrigo tenía un paquete de pasteles y emparedados para entretener el hambre, si se prolongaba la guardia. A las cuatro de la tarde, nada aún. Entraban y salían gentes. De Ariza, ni señales.

Poco a poco fui despachando mis pasteles, devorados a la sordina, con glotonería de hombre sujeto a un ayuno que agudizaban emociones intensas. Anochecía, y rogué a la portera que diese la luz. La mujer principiaba a mirarme con suma desconfianza; una nueva propina, copiosa, la anestesió. Las seis y media serían, cuando mi corazón pegó el salto profético... Ariza, recatado por un abrigo y un tapabocas, penetraba en el portal.

Me adelanté y le cogí por el cuello.

—Ahora —le dije con voz contenida— no te me escapas. No intentes resistir: la calle está llena de agentes ocultos en los portales y, a un grito, saldrán.

—Pero ¿quién es usted? —preguntó, echándose atrás y desprendiéndose de mis manos—. ¿Qué me quiere usted? Suélteme, o...

—Salgamos —ordené.

Me vio entonces la cara y exclamó:

—¡Selva!

—Selva, sí, aquel con quien has querido cruzar tu destino. ¿No sabes que ese cruce es peor que el de dos espadas? Me has injuriado en Apolo para atraer la atención del público y que constase que allí estabas; has llevado al solar contiguo a mi casa el cuerpo del asesinado y has arrojado a mi dormitorio el paquete con los objetos comprometedores. ¡Has hecho mal!

—Yo no soy hombre con quien convenga divertirse, señor asesino! Has despertado en mí la sagacidad del perseguidor y del vengador. He descubierto

el crimen; y como me repugnaba enviar al patíbulo, o siquiera a presidio a una mujer, yo he asegurado la fuga de Chulita, que está prendada de mí.

Escuchaba Ariza con expresión imposible de describir. Sus ojos llameaban en la semioscuridad de la calle, cual los ojos eléctricos de los gatos.

—No entiendo, no sé de qué crimen habla usted... —repetía estúpidamente; pero sus pupilas ardorosas desmentían sus palabras.

—No vale ya ese recurso —y dejé de tutearle—. Acepte usted serenamente la suerte. Tenga valor; es lo menos que puede tener.

—Tengo valor para comérmelo a usted —gritó; y sus puños me amenazaban.

—Pierde usted el tiempo... Mi intención para usted es buena, a pesar de que usted, imprudente siempre, todavía busca quimera conmigo. A una voz que yo diese tendría usted a la policía encima; pero no la daré, a menos que usted me fuerce a ello. Al contrario; mi deseo es facilitarle a usted tiempo suficiente para... No; no es eso —exclamé leyendo en sus ojos—. Escaparse, no. ¿Me toma usted por algún necio? Yo no protejo «así» más que a las mujeres: los hombres, que tengan alma. Usted no es un criminal de oficio. Usted ha sido de antiguo, a pesar de sus vicios, un caballero. Y un caballero tiene que creer que hay cosas que importan más que la seguridad y la vida. ¿Me equivoco?

Ariza callaba. Sus ojos giraban, como si buscase en el suelo la grieta que debía tragarle, sustrayéndole a mi presencia.

—No se equivoca usted —dijo al fin—, pero no comprendo por qué le importa mi honor.

Sonréí y lancé la frase, altivamente:

—Por espíritu de clase.

Miró de nuevo en derredor suyo. Puesto en el terrible trance, sin duda cavilaba en medios, en sitio, en algo que el natural instinto le impulsaba a no encontrar de buenas a primeras.

—No tengo armas —dijo al fin.

—¿Y el estoquito? —pregunté—. Hiere muy limpio, aunque en su pechera de usted había una gota de sangre, ¡sépalo usted, Ariza! ¡La sangre habla, como usted advirtió a su cómplice!

—¡Maldita sea! —tartamudeó—. En fin, acabemos... Le he dicho que no tengo armas.

—Llevo siempre mi Browning —respondí—. Ahí va.

Inmediatamente sentí un escalofrío. La cara de Ariza era trágica, y me apuntaba a la altura de la frente, con mi propia pistola. Me dominé gallardamente, me crucé de brazos y le desafié con la mirada. Entonces, de súbito, bajó el arma y echó a correr enloquecido. Se detuvo en una plazoleta próxima. Un soldado; el dueño del figón donde pasaba las noches mi sereno; el dependiente medidor, le vieron acercar el arma a la sien, disparar, caer boca abajo...

Cuando se registró su cuerpo se halló, en un bolsillo interior, la suma, algo incompleta. El bastón de estoque apareció en su propia habitación, en la fonda, oculto bajo la alfombra, a ras de la pared.

Después de esta aventura he comprendido que, desde la cuna, mi vocación es la de policía aficionado. Las sensaciones que experimenté con motivo de mi indagatoria fueron de primer orden por lo intensas. Me di cuenta de que el fastidio no volvería a mí si me dedicaba a una profesión que tan bien armoniza con mis gustos y, me atrevo a decirlo, con mis condiciones y aptitudes, o dígase mis inspiraciones atrevidas y geniales. Resuelto a ejercerla, me voy a Inglaterra, a estudiarla bien, a tomar lecciones de los maestros. Y tendré ancho campo en este Madrid, donde reinan el misterio y la impunidad. Traeré al descubrimiento de los crímenes elementos novelescos e intelectuales, y acaso un día podré contar al público algo digno de la letra de imprenta.

La Gota de Sangre

*Un abracadabrante crimen teatral perpetrado por
Ignacio García May
a partir del relato de Emilia Pardo Bazán*

I Un tratamiento perturbador

[Selva, sentado cómodamente frente al público, con las piernas estiradas, fumando un veguero y dibujando volutas de humo en el aire. La habitación está en penumbra. Cerca de él, entre las sombras, hay otra persona sentada, el Doctor. Oímos su voz, pero aún tardaremos en verle]

SELVA

Ha cambiado usted de perfume, ¿no? Lo he notado enseguida. Soy muy sensible a los perfumes. Cuando no me dan jaqueca me encalabrinan los nervios y me producen una excitación malsana.

EL DOCTOR

¿Y este de ahora le irrita también?

SELVA

¡No, no! Me gusta.

[Aspira profundamente] Sí, definitivamente, me gusta más que el otro.

EL DOCTOR

Eso es buena señal. Le veo más animado.

SELVA

¡Es que estoy mucho mejor! Por eso he vuelto a su consulta. Me siento curado y necesitaba contárselo.

EL DOCTOR

Señor Selva, como médico me proporciona usted una satisfacción; pero desde el punto de vista comercial es una catástrofe porque ya no le tendré de paciente y no podré cobrarle las consultas.

SELVA

[Ríe] Cierto. Pero si le sirve de consuelo, me gana usted como amigo. Y además le traeré muchos pacientes porque voy a hacer propaganda de su método.

EL DOCTOR

¿Mi método?

SELVA

¡Me dijo usted que debía seguir un tratamiento perturbador!

EL DOCTOR

¡Era una forma de hablar!

SELVA

Sí, pero me la tomé literalmente. ¡Y ha dado un resultado fenomenal! En fin, parece como si hubiera pasado mucho tiempo pero solo han transcurrido unos días. Vine a su consulta porque padecía una neurastenia, ¿recuerda?

EL DOCTOR

Y yo le dije que no debería usar esa palabra.

SELVA

[Se encoge de hombros] Me encontraba agobiado, hundido. Había perdido el gusto por las cosas. Me parecía que mi vida carecía de sentido. Yo a eso lo llamo neurastenia.

EL DOCTOR

Usted no era paciente mío. ¿Por qué me eligió?

SELVA

Me gustó su nombre.

[Breve pausa] Doctor Luz.

[Con el nombre crece sutilmente la iluminación. Justo lo suficiente para ver por primera vez al Doctor. Como todos los demás papeles, excepto Selva, estará encarnado por una misma actriz. Vemos también parte del despacho. En una pared hay cuadros con colecciones de mariposas y escarabajos, todos ellos pinchados con alfileres]
¿Qué más puede pedir un paciente que busca salir de sus propias tinieblas?

[Ríe, absurdamente] Le expliqué mi estado... Usted me dijo...

EL DOCTOR

Yo le dije:

[Levantándose y acercándose a Selva, como si de golpe estuviéramos en el día en que empezó la historia] Usted no necesita cuidarse..., sino todo lo contrario.

SELVA

¿Descuidarme?

EL DOCTOR

Casi... Necesita usted lo que me gusta llamar un tratamiento perturbador. Hacer cosas que presten a su vida un violento interés. Lo que padecía usted es atonía, indiferencia: le falta estímulo. ¿No podría usted enamorarse?

SELVA

[Ríe] Me parece que no. Las mujeres, para un rato. Y aun ese rato lo suelen envenenar. Y las que no lo envenenan, empalagan. Mal remedio, doctor, mal remedio.

EL DOCTOR

¿Debo entender que su experiencia con las mujeres es mala?

SELVA

¿Hay alguien que la tenga buena?

EL DOCTOR

[Eludiendo el debate] Entonces, un viaje. ¿No le agradan los viajes?

SELVA

¡Jesús, no! ¿Viajes? ¿Seguir las instrucciones de un folleto pedante, dormir en fondas cochambrosas? Me sé Europa de memoria, y como no me busque una aventura en el fondo de la tierra, a lo Julio Verne... Ya no quedan más

viajes emocionantes que los viajes en aeroplano. Pero tampoco me atraen los aeroplanos. Me dan miedo.

EL DOCTOR

Pues no viaje usted ni por la tierra ni por el aire; explore almas.

SELVA

¿Almas?

EL DOCTOR

Mírelo de este modo: no hay vida humana sin misterio. La curiosidad puede ascender a pasión. ¿Me equivoco si digo que es usted una de esas personas que se interesan por la investigación psicológica?

SELVA

[Sorprendido por la perspicacia de médico] Sí, es cierto. Siempre he tenido una cierta fascinación por indagar en las vidas ajenas. Y un...

[Duda] creo que la palabra es «instinto»... para detectar cuándo algo va mal. Como si dentro de mí prendiera un desasosiego que me avisara.

EL DOCTOR

Salga usted a la calle y deje fluir ese instinto.

[Pausa. Cambia de nuevo la iluminación, volviendo a la semipenumbra del presente] Sí, así fue más o menos la conversación. ¿Y qué fue lo que obró el milagro?

SELVA

Un crimen, doctor.

EL DOCTOR

¡¿Ha cometido usted un crimen?!

SELVA

¡No, por Dios! Lo he investigado. Pero al hacerlo me he dado cuenta de que lo único que llegaba adentro..., lo único capaz de romper la gris uniformidad de la civilización..., era el crimen.

[Pausa] El sabor amargo y salado del crimen es lo que ha quitado de mi paladar la insipidez del tedio. Porque investigar un asesinato es meditar, como meditan los visionarios... Fueras de lo real que se ve, en busca de lo real que se esconde...

[Música suave. La oscuridad se hace más intensa, solo Selva permanece a la vista.

En algún momento el Doctor se va alejando hacia atrás y desvaneciéndose por completo entre las sombras] Lo gracioso es que cuando salí de su consulta estaba disgustado. ¿Sabe lo que pensé en ese momento? ¡Vaya con la ciencia! ¡Los médicos son todos unos charlatanes, incluyendo los que tienen nombres luminosos...! Desde aquí regresé directamente a casa y no hice nada de particular hasta las doce y media, hora en que mis criados me sirvieron el almuerzo. A las tres fui al Casino y leí la prensa y charlé de política con algunos socios: lo de siempre. A las seis, harto del Casino, me fui a la tienda del anticuario Roelas, en la calle del Prado. Tampoco allí hubo nada memorable. A las ocho, más por hacer algo que por apetito, cené en la Peña. Y a las diez, como en todo el día no había hecho ejercicio y me sentía profundamente aburrido y de pésimo humor, paseé sin objeto por las calles, desentumeciéndome.

[A estas alturas, Selva está ya en pie] A las doce menos cuarto entré en el teatro Apolo para ver la última función y luego, desde allí, retirarme a casa a dormir. Yo aún lo ignoraba, pero iba a ser justamente allí, en el teatro, donde todo cambiaría de repente.

II Machichas y Tangos

[Cambio brusco de luz. Vemos por primera vez la escenografía completa. Música, sonidos variados. La gran puerta central se ha convertido en el marco de un escenario del que ahora cuelga una cortina de un rojo brillante. Se abre y deja ver a la Cupletista, iluminada por un cañón. Lleva el pelo suelto y muy, muy largo, a lo Loreto Prado]

LA CUPLETISTA

[Canta] Estaba una muchacha enamorada de un mozo rico, apuesto y seductor. Cuando el galán entraba en la tertulia se le iba por la boca el corazón. Pero él, que estaba en la edad golosa, buscaba en ella una sola cosa. Cuando la tuvo, ella pidió más. Y él se escabulló, como es lo normal. La pobre sentía vivir y morir. Y le preguntaba: ¿Me quieres a mí?

[Hablando] Y él, con dulce voz de conquistador respondía:

[Cantando] Sin adulación, eres preciosa, Tienes una piel de leche y rosas. Tus ojos son negro terciopelo, y me retienen como un anzuelo. ¡Tu talle se puede abrazar! ¡Tus labios son para besar! Pero... tu dentadura, tu dentadura, jay, tu dentadura! Deja mucho que desear. La pobre niña estaba avergonzada, y fue corriendo a verse en el espejo, notando que, como decía el novio, la suya era una boca de conejo. Toda su alegría se terminó; se le rompió la gasa del amor. Pero no quiso olvidar sus quimeras:

«Con otros dientes me querrá de veras». Buscó un dentista que obrara el milagro. No le importaba que fuera el más caro.

[Hablando:] Y el dentista, exhibiendo sus tenazas, le dijo:

[Cantando] Es usted, señora, una belleza, rubia como un vaso de cerveza. Sus pestañas largas y garbosas; tiene unas orejas primorosas. ¡Su talle se puede abrazar! ¡Sus labios son para besar! Pero... su dentadura, su dentadura, jay, su dentadura! Deja mucho que desear. Como no existía ese cloroformo que utilizan hoy contra los dolores y hubo que arrancarle los dientes todos, la pobre pasó penas y sudores. Le dio la fiebre y palpitaciones, se le llenó la boca de flemones. Ella sangraba igual que un cochino con un dolor que yo solo imagino. Pero aguantó hasta el final el martirio mientras decía, en pleno delirio:

[Hablando, muy trágica:] ¡Cuando todo esto acabe tendré en mis encías dos hileras de perlas!

[Se detiene la música] Y así fue; y ante su amante se presentó la chiquilla, radiante, con su boca nueva. Y él la contempló y dijo:

[Cantando] Sin adulación, eres preciosa, Tienes una piel de leche y rosas. Tus ojos son negro terciopelo y me retienen como un anzuelo. ¡Tu talle se puede abrazar! ¡Tus labios son para besar! Pero... tu dentadura, tu dentadura, jay, tu dentadura...!

[Se para bruscamente la música. Hablando; con asco:] ¡Es falsa!

[Música de nuevo. Cantando:] No puedo quererte, como solía,
ya no me embelesas con tus hechizos.

No puedo quererte, ni te querré,
sabiendo que llevas dientes postizos.

[Chimpón musical. Oscuro en el escenario, aplausos, Se cierra la cortina y desaparece la Cupletista. Al cabo vuelve a abrirse, pero en sentido contrario, y entra Selva, quien luego pasa discretamente entre las sillas de la consulta del médico, que siguen de frente al público. Ilumina las sillas con una linternita, como un acomodador]

SELVA

Cuando llegué ya había empezado la función. Quise sentarme en una butaca vacía, en el centro de una fila atestada, así que pasé por delante de los espectadores intentando molestar lo menos posible.

[Se guarda la linternita en el bolsillo y procede a sentarse] ¡Y entonces me asombró escuchar que alguien me increpaba en voz alta! «¡Ya podía usted andar con cuidado, so tío!». Mi sorpresa subió de punto cuando comprobé que quien así me trataba era un sujeto al que conocía de encontrármelo a veces en el Casino o en la Peña, un tal Andrés Ariza. Enseguida me dije: ¡Está borracho!, y me propuse no hacerle caso. Pero él insistió: «¡No te hagas el distraído, que estoy hablando contigo!», y le aseguro, doctor, que ni la voz ni el gesto tenían el titubeo de los ebrios. Pero, ¿por qué buscaba camorra aquel individuo? La gente nos miraba, rumoreaba; los de la fila se levantaron.

[Se levanta] ¡De golpe éramos objeto de la atención general! Incluso alguien se interpuso pensando que aquello terminaba en bronca.

[Levanta un puño, amenazando al rival imaginario] Súbitamente mi agresor cambió de tono y, con transición que me pareció demasiado artificial, se echó a reír, diciendo: «¡Ah; Selva! Usted perdone... No me había fijado... Dispense. Lo siento mucho... Le ruego que me excuse».

[Selva ha vuelto a sentarse en su butaca] Era el desagravio tan cortés como gratuito el enojo, y me dejó el mismo sabor de recelo. Y fue aquella amargura en los labios la que causó el primer chispazo que reanimó mi abatido espíritu, fijando mi atención, hasta entonces distraída.

[Vuelve a sonar música, aunque ahora no hay cupletistas en escena] Mientras me aporreaba los oídos la enervante y estrepitosa música de *machichas* y tangos, mi fantasía galopaba como un potro salvaje. ¿A qué venía todo aquello?

Los actos humanos siempre reconocen algún móvil. ¿Qué móvil impulsaba a Andrés Ariza a fingir encolerizarse cuando yo había entrado sin meterme con él?

[Saca de su bolsillo unos pequeños prismáticos de los que se usan en la ópera y se dispone a mirar hacia donde supuestamente está Ariza] En otras circunstancias me hubiera puesto a contemplar las piernas de las artistas, sus mallas rosadas, sus zapatos curvos de raso brillante, sus redondeces de algodón y sus trapos lentejuelados. Pero solo quería observar a Ariza, como si también él fuera un personaje de ficción.

[Le mira; sorprendido por lo que ve, baja los prismáticos. Al público:] ¡Cáspita! ¡Tampoco él está atento a lo que pasa en escena!

[Vuelve a mirar. De nuevo, al público:] No cabe duda; algo raro le preocupa. Su mano retuerce, nerviosa, la vírgula del bigotillo...

[De pronto:] ¡Me está mirando él a mí!

[Cambia su posición y mira al frente, disimulando. Al cabo, vuelve a mirar a Ariza, discretamente] ¡Decididamente, ese hombre está alterado! Se muerde las uñas...

[Aspira] Pese a que nos separaban varias butacas ocupadas, me llegaba su perfume de gardenia, intenso y capcioso, cada vez que se movía en el asiento. ¡Los perfumes, doctor! Aquel se me subía al cerebro, como un vino compuesto, irritante. Muy violento tenía que ser para que se destacase sobre los mil de un teatro.

[Mira de nuevo] Espera un momento. ¿Qué es eso?

[Vuelve a mirar] En la pechera de la camisa, casi cubierta por el chaleco... ¡Una diminuta manchita roja, viva como un labio encendido por el amor!

[Al público:] ¡Una gotita de sangre! ¿De dónde salía aquella mancha maldita? ¡Un desafío sin testigos, un lance a todo riesgo? ¡Espera un momento, Selva, no te dejes llevar por las fantasías! Quizá solo se haya cortado al recortarse el bigote. Pero ya no pude concentrarme en ninguna otra cosa...

[Cambia la luz, aplausos. Selva se levanta y se aleja de la fila de sillas. Aparece el Doctor Luz, se acerca]

EL DOCTOR

Hasta ahora no hay nada extraordinario en su historia.

SELVA

Tiene razón. De hecho, cuando acabó la función perdí de vista a Ariza entre la multitud y salí del teatro olvidándome de todo. Fuera estaba la cárcel de la realidad vulgar, engendradora de mi tedio.

EL DOCTOR

Ha dicho usted «cárcel de la realidad». Es interesante esa forma de describirlo. El aire fresco de la calle de Alcalá, el golfillo de siempre ofreciéndose a avisar un simón, los diarios, los tranvías ya espaciados, la gente dispersándose entre un mosconejo de conversaciones humorísticas, desgarradas, achuladas...

SELVA

Sí, pero por unos minutos se me había figurado que algo extraordinario, novelesco, pasaba cerca de mí. ¡La hora en que me dominó tal impresión no fue una hora de fastidio, sino de exaltación inquieta y acalenturada!

EL DOCTOR

¿Por el arrebato de ira de un señor cualquiera?

SELVA

¡Por una gota de sangre...!

EL DOCTOR

¡... Que quizá solo había saltado de las narices! Desgraciadamente, señor Selva, la mayor parte de las cosas tienen siempre una explicación vulgar y prosaica. La vida es un tejido de mallas flojas, mecánico, previsto: nada romancesco lo borda.

SELVA

Eso creía yo entonces. Por eso, encogiéndome de hombros, eché a andar hacia casa.

III Sin corbata ni chaleco

[Luz nocturna. Música suave y lejana]

SELVA

Vivo en una de esas calles nuevas más allá de la Puerta de Alcalá, no urbanizadas ni edificadas enteramente. En Madrid, como usted sabe, dura hasta muy tarde la animación en las calles céntricas, pero por las vías algo apartadas y donde vive gente rica y aristocrática es raro que a la una y media o cerca de las dos transite nadie.

[Cambia de nuevo la luz] Al lado del hotelito que tengo alquilado existe un solar mal cerrado con una valla de tablas blanquiazules. La noche estaba solitaria, pero las probabilidades de un atraco no me alarmaban: siempre llevo encima mi Browning.

[De otro bolsillo saca una pistola pequeña y la muestra] Me acordé otra vez de la cara desencajada y del falso enojo de Andrés Ariza. ¿Por qué fingía cólera? ¿Qué explicación tenía semejante actuación? No sé por qué, en aquel instante, la idea de algo anormal tomó cuerpo: la aventura me acechaba para saltarme al cuello.

EL DOCTOR

Sin duda la efervescencia fantástica del teatro actuaba aún.

SELVA

¡Pero lo que sucedió entonces no fue ficción, sino realidad! Al pasar junto al solar noté que varias tablas habían sido arrancadas. Por la parte de dentro, sobre el color claro de la tierra arcillosa endurecida por la helada, observé una forma confusa, algo grande, negro y largo, con algo blanco al extremo.

[Vuelca voluntariamente una silla] Entré, me acerqué, me incliné... Lo negro era el cuerpo de un hombre, vestido de etiqueta, sin abrigo; lo blanco era su cara cerúlea y el pechero rígido de su camisa. ¡Un cadáver! Saqué mi encendedor y proyecté su luz hacia el rostro.

[Saca la misma linternita de mano que había usado antes y la proyecta sobre la silla caída]

EL DOCTOR

¿Le conocía?

SELVA

Era una cara nueva para mí, y eso que presumo de conocer, al menos de vista, a todo el que es alguien en este Madrid.

[Estudia el bulto] Diría que representa unos veinticinco años. Tiene un bigote rubio, ¡me recuerda a Ariza!

[Pasa la luz por la silla] ¡No lleva corbata, ni botones en la pechera, ni chaleco!

EL DOCTOR

¿Estaba usted solo?

SELVA

Sí. Pero di unas palmas y enseguida llegó Pacomio, el sereno.

[El Doctor toca un silbato y se coloca junto a Selva] ¡Ya tardaba usted!

EL DOCTOR

[Haciendo de sereno] Señorito... Me habían llamado en la otra calle... Abriendo estaba al señor conde de Marciela...

SELVA

Venga, Pacomio, que le he visto en el figón, tomándose un vino, cuando pasaba por delante.

EL DOCTOR

[Haciendo de sereno] Solo he entrado a saludar.

SELVA

Tenga cuidado, y no mienta. Hoy podría ser para usted un compromiso serio haber dicho cualquier cosa que no fuese la pura verdad. No trate de engañar a la justicia. ¡Porque esto es un crimen, Pacomio!

EL DOCTOR

[Haciendo de sereno] ¡Un crimen!

[Pausa] ¿Y si solo es un borracho?

SELVA

Pues vamos a comprobarlo.

EL DOCTOR

[Haciendo de sereno] ¡No lo toque usted, don Ignacio! No tengamos líos con los de la justicia, no nos desgraciemos.

SELVA

[Inclinado sobre el bulto] No hay respiración. Y está helado.

[Se incorpora. Saca una moneda del bolsillo y se la da al sereno] Tome usted un duro y vaya a pedir socorro. Que venga la autoridad y haga lo que sea costumbre. Repito que no mienta usted, ni oculte que yo he visto ese cuerpo. Este es un caso de decir la verdad, para no tener disgustos.

[Cambiando el tono] Y me fui a casa y me acosté.

EL DOCTOR

[Vuelve a ser él mismo. Poniendo en pie la silla:] ¿Cómo supo que era un crimen? Aquel hombre podría haber muerto de forma natural.

SELVA

Pues esa es la cosa, doctor. ¿Recuerda usted que hablamos de mi instinto para los problemas? No había visto en aquel individuo lesión ni herida alguna. Y, sin embargo, la convicción de que estaba ante un asesinato se apoderó de mí de forma antinatural, contundente, como si de pronto me poseyera una... *[Busca las palabras]* misteriosa... facultad de semiadivinación. *Supe* que era un crimen. Una fiebre muy alta se apoderó de mí y pasé la noche entre pesadillas.

[Cambio de luz, música que recuerda a la de la cupletista, pero deformada. Su propia voz adquiere un eco deformado] Mi sueño sucedía en un teatro, y en él el muerto se confundía con Andrés Ariza; y la gotita de sangre de su pechera

crecía a ojos vista hasta convertirse en una mancha enorme y el teatro entero se volvía rojo, como si lo hubieran pintado de arriba abajo con carmín. De pronto, como sucede en los sueños, el cuerpo que estaba en el suelo era el mío... ¡Y era Andrés Ariza el que lo encontraba! Y gritaba: «¡No te hagas el muerto, estoy hablando contigo!», mientras me amenazaba con el puño cerrado en una mano y una llave inglesa en la otra. Yo quería gritar «¡Socorro!», pero mi boca no se abría.

[Pausa larga] A la mañana siguiente me llamó el juez a declarar.

IV Cambiando impresiones

[El Doctor se ha sentado. Se ha puesto unas gafas y ojea unos papeles. Selva se sienta frente a él]

SELVA

Usted y yo, señor Juez, nos conocíamos ya. Nos presentaron en el Ateneo.

EL DOCTOR

[Haciendo de juez; le mira por encima de sus gafas] Sí. Ahora le recuerdo. Bien, le he llamado para cambiar impresiones, ya que, según la declaración del sereno, fue usted el primero en ver el cadáver. Al parecer le dijo que era un crimen.

SELVA

¿Y tenía yo razón? ¿Le asesinaron?

EL DOCTOR

[Haciendo de juez; asiente con la cabeza] Dos heridas de estoque, una de ellas bajo la tetilla izquierda, que habrá interesado el corazón. Es mortal de necesidad, pero deja muy poca sangre. No se ha procedido aún a la autopsia.

SELVA

¡Ah! ¡Ahora lo entiendo! Al mirar ayer el cuerpo no vi en él huella de violencia. Eso me preocupaba y estuve dándole vueltas. Al cabo me di cuenta de que la solución era muy sencilla: ¡No se veía lesión porque le vestirían *después* de matarle! Debí suponerlo cuando noté que ni llevaba corbata ni botones en la pechera. El crimen no puede atribuirse a unos atracadores vulgares, porque los atracadores, si desnudan a un hombre en la calle, no es para volver a vestirle.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] Se llamaba don Francisco Grijalba. ¿Le conocía?

SELVA

No recuerdo haberle visto jamás en parte alguna, ni me suena su nombre.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez; mirando sus papeles] Era malagueño y solía venir a Madrid de cuando en cuando por los negocios de la casa azucarera en que ocupaba un cargo importante. Su trabajo era cobrar los créditos y girar luego el dinero desde un banco de aquí a la sucursal de Málaga. En resumen, era un muchacho «bien» al cual se le auguraba un porvenir en los asuntos comerciales.

SELVA

¿Tenía querida en Madrid, o andaba a la que salta?

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] No hemos llegado aún a dilucidar ese delicado punto...

SELVA

¿Cómo se las arreglaron para identificarle...?

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] El procedimiento de siempre. Se preguntó en los hoteles de lujo si faltaba algún huésped. Contestaron en el de Londres que no aparecía desde la tarde de ayer este señorito, don Francisco Grijalba. Se llamó al dueño y, en el Depósito, le reconoció.

[Mirando fijamente a Selva] No le pregunto de dónde venía usted cuando halló el cuerpo, porque lo sé; venía del teatro Apolo, donde al parecer tuvo un altercado con un muchacho, un tal Ariza. Según los testigos, Ariza se excusó y quedaron ustedes amigos.

SELVA

[Ligeramente divertido] No me pregunta, pero me pregunta.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] ¿Qué quiere decir?

SELVA

Vamos a poner en claro la situación, señor Juez: no solo encontré yo el cadáver sino que mi hotelito linda con el solar. Eso me convierte en sospechoso.

EL DOCTOR

[Haciendo de juez] Va demasiado rápido. Yo aún no he llegado ahí.

SELVA

¿A qué hora murió este Grijalba?

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez; de mala gana:] Los médicos suponen que la muerte ocurrió de once a once y media.

SELVA

Ah, ya veo. Y que yo estuviera en el Apolo confirmaría mi inocencia, ¿no?

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] No necesariamente, porque la última función empezó a las doce. ¿Dónde estuvo usted antes? ¿Habló con alguien que pudiera garantizar su coartada?

SELVA

A esa hora, no. Además, cuando paseo huyo de los pelmazos que se nos agregan para quitarnos la soledad y no darnos compañía.

EL DOCTOR

[Haciendo de juez] ¿Por qué insistió en decirle al sereno que era un crimen si no tenía pruebas de ello?

SELVA

[Ríe abiertamente] ¿Lo ve? Usted sospecha de mí. Y hace bien; en su caso, me sucedería lo propio. Insisto en que no hay rastros de otra pista, por ahora, y su deber es agotar los medios de establecer mi culpabilidad.

EL DOCTOR

[Haciendo de juez; impaciente:] No ha contestado a mi pregunta. ¿Cómo adivinó que se trataba de un asesinato?

SELVA

Quizá sea por mi afición a la lectura de esas novelas policiacas inglesas que ahora están de moda. Ya sabe usted que así como el hombre de la naturaleza refleja impresiones directas, el de la civilización refleja lecturas.

[El Juez tuerce el gesto. Va a decir algo, pero Selva le interrumpe] ¡No vaya a enfadarse, señor Juez! No pretendo mofarme de usted. Pero si le dijera cómo adiviné lo del crimen pensaría que estoy loco, y que me crean asesino me divierte, pero que me considere usted un demente, eso ya no.

[Suena un teléfono que interrumpe la conversación. El Juez contesta]

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] Diga.

[Escucha, durante un rato. A veces levanta la vista para mirar a Selva y luego vuelve a bajarla] Tomo nota.

[Va apuntando datos en un papel] Me lo esperaba, gracias.

[Cuelga] Mientras estaba usted aquí he ordenado el registro de su hotelito.

SELVA

No hacía falta que lo hiciera a escondidas. Le hubiera dado el permiso con gusto.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] Han encontrado en el suelo de su alcoba un paquete, un retal grande de algodón atado con una cinta roja, de percalina sedosa. Al abrirlo se han encontrado dentro... Veamos...

[Lee:] Un abrigo de paño, fino y elegante de corte, correctamente doblado, y dentro de él, una cartera olorosa de cuero inglés, un pañuelo, un reloj extraplano con su cadena, unos botones de pechera, de ojos de gato y rubíes, unos guantes blancos y una petaca lisa con trébol de esmeraldas.

SELVA

[Ríe, sorprendido pero encantado] ¡Es magnífico! ¿Qué han dicho mis criados?

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] Que el paquete no estaba allí anoche y que alguien ha debido arrojarlo desde fuera, de madrugada. Por lo visto duerme usted siempre con la ventana abierta, incluso en invierno.

SELVA

Prefiero que me roben a respirar aire malo.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] ¿No ha visto usted el paquete esta mañana, al despertarse?

SELVA

Soy muy metódico. Me levanto siempre por el lado de la puerta y, si el paquete había entrado por la ventana y estaba a sus pies, ni siquiera me he fijado en él.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] ¿Y bien? ¿Sigue usted riéndose con todo esto?

SELVA

Más que nunca. Porque este acto no solo demuestra mi inocencia, sino también que alguien pretende cargarme el mochuelo. Pero los criminales se han pasado de listos. Es del mayor interés que se tomen las improntas digitales que se conservarán, de seguro, en el reloj o la petaca. La huella de sus dedos está ahí.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] Ha dicho usted «criminales» ¿Qué le hace pensar que son más de uno?

SELVA

Son, por lo menos, dos; hombre y mujer.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] ¡¿Una mujer?! ¿De dónde deduce usted eso?

SELVA

Perdón, señor Juez, pero es de cajón: la víctima ha sido asesinada estando en la cama, por eso estaba desnuda... Y como no la mataron en el hotel donde vivía, quiere decir que estaba pasando la noche en otro lado. Por lo demás, ese paquetito fue sin duda preparado por una mujer. El pedazo de algodón que lo envolvía, o la cinta de seda, no son cosas que tenga un hombre en su casa. Solo las mujeres conservan retales así en sus armarios. *[El Juez asiente, sorprendido. No había pensado en nada de esto]* Si se me hubiera ocurrido antes nos habríamos fijado anoche en las pisadas del solar. Ahora, ya es inútil. Despues del trasiego de anoche y de los periodistas de hoy, se habrán borrado.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] ¿Y por qué quería nadie hacerle a usted sospechoso?

SELVA

¿Quién sabe? Todo esto reviste un carácter de trama burda. Parece teatro por horas.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez; revisa sus papeles, suspira] La situación me resulta francamente confusa. No me gusta usted, pero su presencia en el Apolo, anoche, es incuestionable. Y el inspector que me ha llamado pensaba, también, que el paquete tenía todo el aspecto de haber sido arrojado por la ventana. Solo

un imbécil hubiera conservado en su propia casa semejantes pruebas, y usted no tiene aspecto de imbécil. Aún así, quizá sea usted el que pretende pasarse de listo.

SELVA

Le agradezco el cumplido, aunque me lo haya hecho tan a regañadientes. Ahora le pido yo una cosa: que me proporcione los nombres y el género de vida de las personas que habitan en las casas de las dos calles que desembocan en la mía.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez. Sorprendido] ¿Me toma por una guía telefónica? ¿Por qué iba yo a hacer algo así?

SELVA

Porque voy a ayudarle a solucionar este crimen. Le diré más: solo yo puedo hacerlo con total seguridad. Los asesinos se han encargado de que recaigan sobre mí las sospechas y eso es lo que publicarán todos los diarios esta noche. Pero yo aprovecharé su tranquilidad para barrerles las telarañas.

EL DOCTOR

[Haciendo de Juez] Eso es una fanfarronería. ¡Una gasconada! ¿Por qué cree que puede usted hacerlo mejor que la policía?

SELVA

Podría responderle que el drama me ha interesado en su primer acto; y que por tanto he de intervenir en el desenlace. Pero le diré la verdad desnuda: Desde ayer..., ¡no me aburro!

[Cambio brusco de luz; música]

EL DOCTOR

[Vuelve a ser él mismo] ¿Era eso verdad?

SELVA

¡Había recuperado las ganas de vivir desde el conflicto con Ariza en el teatro! La imagen de su rostro, alteradísimo, con la centella de granate de la gota de sangre sobre su pechera, volvía una y otra vez a mi memoria. ¿Cómo explicarlo? La intuición cristalizaba en mí y me gritaba, sin explicación racional alguna, que ambos acontecimientos, la discusión del teatro y el crimen, eran dos caras de una misma moneda.

EL DOCTOR

La idea de la sangre es siempre inquietante. Había visto usted sangre en el pecho de una persona viva y sana, e, inmediatamente después, un cadáver que paradójicamente no mostraba herida alguna. Inconscientemente relacionó ambas imágenes.

SELVA

Mi querido doctor: en las consultas médicas y en las novelas policiacas todo tiene una explicación lógica pero la realidad es extravagante y hasta ridícula. Y la prueba es que al salir del encuentro con el juez fui a ver al director del hotel Londres para ver si encontraba algún detalle que se les hubiera pasado a los policías. Y al interrogarle sobre las visitas de Grijalba supe que Ariza, ¡el mismo Andrés Ariza!, había ido a verle el fin de semana previo. ¡Y que lo había hecho antes con alguna regularidad! ¿Cómo explica usted eso? La fatalidad parecía haber puesto a aquel hombre en mi camino y él, temerario, había cruzado su destino con el mío como se cruzan dos espadas de combate...

EL DOCTOR

¡Extraordinaria casualidad!

SELVA

¡No, no! El misterio se engancha como un anzuelo y solo hay que tirar del sedal para asegurarse la pesca. ¡El júbilo de encontrar el nombre de Ariza mezclado con el sombrío drama me enloquecía! Desde el primer momento me había guiado una gota de sangre igual que una estrella guio a los Magos. ¡Cuántos horizontes se abrirían iluminados por su rojo brillo!

EL DOCTOR

Y, sin embargo, en el fondo, ¿qué había usted averiguado? Que el tal Ariza, como otros jóvenes madrileños, era amigo de la víctima. Nada más.

[Le da a Selva en mano los documentos que había utilizado en su papel de Juez]. El crimen, en sí, seguía rodeado por las sombras...

SELVA

No crea. Las sombras no están en los crímenes, sino en el entendimiento.

[Música, penumbra. El Doctor vuelve a desaparecer sutilmente entre las sombras.]

Todo crimen deja rastros claros y elocuentes. Después de pasar por el hotel fui al banco donde el señorito Grijalba ingresaba el dinero de la azucarrera. El director me dijo que había enviado ya a Málaga ciento veinticinco mil pesetas; pero que le faltaban por mandar otras ciento setenta y dos mil. ¡No había podido enviarlas porque no se las pagaron a él hasta el lunes, a una hora en que el banco estaba ya cerrado y, por tanto llevaba ese dinero consigo! ¿Se da usted cuenta de lo que significa eso? ¡Quedaba claro que le habían matado para robarle! Al volver a casa me encontré con un documento que me había enviado el juez. Era la lista de mis vecinos que yo le había solicitado.

[Lee los papeles que le había dado el Doctor antes de irse:] Don Antonio Díaz Otero y señora... No hay caso. ¿Marquesa de la Islaverde...? ¡Ah, esa señora viuda y caritativa! Tampoco. Conde de la Baldía... Setenta años, reumático. ¡No le imagino yo saliendo de madrugada para asesinar a nadie! General Escalante. ¡Bah! Conozco bien al general y es una persona muy seria. A ver, a ver... ¡Un momento! Doña Julia Fernandina. No me suena este nombre. ¡Espera! ¿No es esta la que llamábamos Chulita Ferna? Chulita... ¡Vaya, vaya! ¿En el número 15, aquí al lado?

V La estrella de la galantería

[Luz en la puerta central, que de nuevo parece la boca de un pequeño escenario. Allí está Chulita, apoyada en el quicio, fumando un cigarrillo turco con boquilla larga de vampiresa. Lleva sobre el rostro un dominó verde, del que se desprenderá en algún momento de la escena. Durante el parlamento se escuchará una música insinuante, casi de número musical golfo]

CHULITA

[Al público:] Mi nombre es Julia Fernandina. La mía es una familia virtuosa, muy grave, muy ilustre, muy tal y muy cual, de Málaga. Mi padre era el conde de Tolvanera. Yo tendría que haber heredado el título, pero papá consideraba que mi... *[Fuma y aspira el humo, muy sofisticada]* forma de vida... *[Expulsa el humo]* era demasiado amena y me expulsó de la familia, de modo que la actual condesa es mi hermana. ¡Qué más me da! No gasto título nobiliario, pero a cambio en Madrid me conoce todo el mundo y los jóvenes guapos me tienden sus capas sobre los charcos para que no me moje los pies cuando llueve... Cuando cruzo la calle Alcalá todos dicen: «¡Por allí va la Chulita Fernal!». Los cursis y las señoritas casadas dicen de mí que soy la estrella de la galantería equívoca. Los muchachos airolos opinan que tengo un cuerpo *inquietante*, que no sé muy bien lo que significa, pero me lo imagino.

[Se encoge de hombros, coqueta] De joven, en Málaga, me aburría entre tanto conde y tanta Semana Santa. Me pusieron un maestro de francés, para que me educara como una señorita fina, y yo me fugué con él a París. No tiene sentido aprender el francés si luego no va una a practicarlo...

[Guiñando un ojo] Mi marido, como buen gabacho, me salió rana. La noche de bodas me obligó a ponerme sus pantalones y yo pensé: ¡qué bien! Le gustan los juegos voluptuosos. Pero no era por eso. Me dijo:

[Con exagerado acento francés:] «He querido que te pongas los pantalones para que sepas, querida Julita, que en toda tu vida nunca volverás a ponértelos. Que los llevaré yo cada hora y cada día, todo el tiempo que dure nuestra unión, y ojalá sea muchos años, en santa paz, amén. Ya lo sabes. Puedes quitártelos». Unos días después, el pobrecito tuvo un... inesperado accidente..., un sofoco, una apoplejía, qué sé yo..., que le dejó postrado en cama para siempre y necesitado de cuidados permanentes. Yo le dije: «Cherie, voy a ponerte mis enaguas. Para que sepas que vas a llevarlas toda tu vida

mientras yo sea tu enfermerita. ¿Entiendes?». Y como no podía resistirse porque estaba inmovilizado, se las puse, y le quedaban muy bien. De todas formas, como «toda tu vida» podía ser un plazo muy largo y yo tampoco tenía vocación de enfermera, a la semana le dejé en la habitación del hotel donde vivíamos y me volví a España. Las enaguas se las dejé puestas porque tenía otras mucho más bonitas. Mi padre no quería ni verme en Málaga, así que decidí instalarme en Madrid.

[Durante el parlamento se ha acercado a proscenio. Incluso si el escenario es elevado puede descender hasta las butacas por la escalera de acceso. Coqueta con el público, como las cabareteras] Hizo cuanto pudo por desheredarme pero cuando algún chismoso le detalló mis peripecias parisinas se murió enseguida, agobiado de vergüenza, y me quedó algo de su cuantiosa hacienda, con lo cual pude organizarme la vida con lujo. Ninguna señora quiso tratarme, pero hubo dos o tres damas, de esas que llaman caídas y expulsadas de la sociedad, que asistieron a mis tertulias en compañía de agradables *muchachos de la crema*, y de otros conspicuos aficionados al género. En fin, entre los hijos y los padres se gastaron conmigo un riñón. Pero todo esto fue en mi loca juventud. Ahora ya no me exibo en fastuosos trenes. Me he retirado de la vida decadente. Soy, por decirlo así, una especie de monja.

[Saluda, como si hubiera acabado una actuación. La luz se oscurece en torno suyo]

SELVA

[Que ha estado sentado, mirándola] ¡Menuda monja del diablo! No por recoleta haría penitencia.

[Al público:] La verdad era que seguía desplumando de cuando en cuando a los pájaros gordos y con enjundia, si los encontraba, asociada siempre a algún mozalbete que iba cambiando como se cambiaba los vestidos... ¿Sería en casa de Chulita donde el crimen se había consumado? ¡Un momento! ¿Quién era su amante más reciente? ¡Estaba seguro de haber oído algo sobre eso unas noches antes en la Peña! Veamos... ¿Cómo había sido?

[Coloca las sillas en círculo, como si rodearan una mesa de juego] Acababan de dar la una de la madrugada y yo estaba soltando distraídamente los diarios, mientras que a mi lado se celebraba una partida de cartas. A ver..., allí estaba... ¡Sí, Manolo Lanzafuerte, clavel blanco en el ojal y cigarro en boca! Y, enfrente, Pepito Arahal. En esa otra silla estaba... Tresmes, el escéptico Tresmes, que llegó un poco más tarde. Charlaban, como siempre, de

mujerío. Mezclaban los recatados deslices de altas damas y nobles dueñas con las estrepitosas aventuras de busconas y daifas; se recontaban ruinas, escándalos, daños, campanadas estrepitosas y mansos acoquinamientos. ¡Y el nombre de Chulita salió a relucir!

[Cambio de luz. Se sienta en una de las sillas. Haciendo como que juega con las cartas] «¿Chulita Ferna? ¡Desde que plantó a Perico Gonzalvo no se sabe nada de ella! Estará con algún pollito, porque cuando se ponen fondonas... Gonzalvo es ya tan viejo que no puede con el rabo, y, además, no hay guitarra». ¡Sí, eso es! Ese fue Manolo.

[Se levanta, se sienta en otra silla.] Y le contestó Arahal, que estaba contento porque iba ganando la partida. «¡Fondona Chulita! La he visto anteayer; iba en un cochechillo, hacia el Hipódromo. Había que quitarse el sombrero. Más guapa que nunca. Es de las aniñadas; tiene un secreto. No representa ahora arriba de veintiséis años, pese a que debe tener quince o veinte más. Eso de la partida de bautismo es pamplina para los canarios. La edad de las mujeres está en la cara y en la serranía. Chulita vale por doce de esas niñas peinadas a lo serafín, que saben a calabaza cocida. ¡Es mucha hembral!». Y entonces *[Se pone en pie:]* llegó Tresmes: «Yo estuve con ella pero llegué a tenerla miedo... Es temible. Derrite el dinero y derrite el tuétano. Devora a los hombres como si fueran merengues. Además le gustan los bribones, como ese con el que anda ahora». Y dijo el nombre. ¡No, fue Arahal el que lo dijo!

[Se sienta. Pausa, como si el recuerdo le hubiera vuelto de golpe y no pudiera creerlo] ¡Andrés Ariza!

[Se levanta de golpe] ¡Ariza! ¡Todo se confirmaba!

[Cambia la luz] En mi mente vi el crimen como si lo estuviese presenciando sobre un escenario: en sus móviles, en su trama, en su desarrollo. El telón se levantaba sobre el melodrama clásico de la caída moral hasta las profundidades abismales. La pareja apurada por ahogos de dinero; las combinaciones infructuosas para granjearlo; la hipótesis criminal empezando a agitarse y rebullir, como gusano venenoso, en su pensamiento; la llegada del amigo provinciano, que viene a cobrar fuertes sumas y es fácil de atraer, porque acaso desde hace tiempo le envuelva el hechizo de Chulita; la emboscada preparada para el instante en que el dinero no puede ingresarse en el Banco; los pormenores del hecho atroz, el velo de misterio que se tiende, espeso y tenebroso, en derredor de la verdad... En el centro de aquella imagen se me aparecía la boca roja de Chulita, que más de una vez me había

sugerido ideas no muy santas. Aquella boca que era como una herida fresca me recordó las dos del cadáver de Grijalba, el pecho blanco, juvenil, con agujeros lívidos. ¡Y todo aquello lo había descubierto yo, solo con la fuerza de mi instinto, con el romanticismo de mi fantasía, combinando los sucesos reales, visibles, para encontrar la clave de los recónditos! Lo siguiente, claro, era entrevistarme con Chulita en su casa. Ella apenas me conocía. Aún así, como hubiera hecho un detective profesional, me disfracé para mi visita con espíritu de novela jurídico-penal.

[Saca unas gafas y se las pone]

VI Un aroma de gardenia

[Cambio de luces. Entra Chulita, en plan Gran Señora]

CHULITA

Buenas tardes, caballero. ¿Nos conocemos?

SELVA

No tengo ese honor.

[Besa su mano] Mientras la esperaba he estado admirando este retrato suyo que tiene ahí colgado.

[Señala vagamente en dirección del público] Es espléndido.

CHULITA

El artista murió muy joven. Tenía talento pero era un poco demasiado pegajoso, para mi gusto. Y un tanto meapilas, la verdad. De esos que primero quieren mordisquearte el cuello y luego, cuando les dices que no, van por ahí gritando que las mujeres somos el sueño del espíritu del mal y que bajo nuestra gracia late el hervor de la gusanera del sepulcro.

[Pausa] Es una idea asquerosa, ¿no?

SELVA

[Mirando hacia el retrato] Ha captado particularmente bien la frescura de su boca.

[Pausa; titubea] Discúlpeme. ¿Sería demasiado atrevimiento preguntarle a usted cuál es el perfume que lleva?

CHULITA

Es de gardenia. Me lo hacen personalmente. ¿Cómo dijo usted que se llamaba?

SELVA

García Smith. Soy malagueño, criado en Londres.

[A una señal de Chulita se sientan ambos]

CHULITA

Me ha dicho la criada que viene usted de parte de Andrés Ariza.

SELVA

Sí, pero solo se lo he dicho para que me dejara entrar. En realidad vengo por Francisco Grijalba.

[Ella se levanta como impulsada por un resorte. Luego vuelve a sentarse. Nerviosa:]

CHULITA

Ha dicho usted... Francisco...

SELVA

Perdone, señorita, este pequeño engaño, cuyo objeto era ser recibido promptly. Conozco mucho, y desde hace bastantes años, a la familia de don Francisco Grijalba, que ha sido asesinado, como usted no ignora.

CHULITA

No comprendo, señor mío, qué relación...

SELVA

¡Ay! Señorita, veo que se encuentra usted muy atrasada de noticias... Me lo temía; los que tenían obligación de velar por usted son los que la abandonan, llegado el momento crítico. No se comprende que, amándola a usted, Ariza proceda de tal modo. Usted ignora la tormenta que se ha formado y va a estallar, y caer sobre su cabeza. En Málaga, y también aquí, la gente empieza a señalar como culpables de la muerte de Grijalba... ¿No adivina a quién?

CHULITA

¿Cómo quiere usted que adivine? ¿Qué hay que adivinar?

SELVA

¿Es posible que no sepa nada? ¡Qué indignidad, tenerla a usted en la ignorancia de lo que tanto la importa! Ya desechada una falsa pista, se sigue

otra: ¡Todo Madrid, soliviantado por este crimen del gran mundo, señala a usted y a Ariza como autores de la tragedia!

[Ella vuelve a levantarse. Quiere hablar, pero no puede] Va usted a ser presa sin tardanza. Ariza, ¡esto es lo peor!, en vez de prevenirla se ha marchado, nadie sabe a dónde... Se le busca, pero no se ha dado con él...

CHULITA

Pero si él... Pero si él...

[Se lleva la mano a la garganta, y luego se desvanece sobre la silla, muy a lo Sarah Bernhardt. Selva se pone en pie y avanza hacia ella]

SELVA

¡Señorita!

[Ella abre los ojos y se incorpora en la silla. Ahora vuelve a ser el Doctor]

EL DOCTOR

¡Pero eso que hizo usted fue muy aventurado! Ariza podía, en aquel mismo momento, llamar a la puerta.

SELVA

Sí, pero es que estaba lanzado en mi papel de detective. Y tanto es así que hice algo todavía más osado, más loco. La tomé en brazos y avancé con mi carga hasta la alcoba para dejarla sobre el lecho.

[Lo hace. Levanta en brazos a Chulita, ¡que todavía es el Doctor! Da una vuelta con ella por el escenario y vuelve a dejarla en la silla donde estaba] Era allí, en aquel nefando altar de galantería y depravación, donde había sido sacrificada la víctima. Me representaba la escena: Grialba, dormido e inerte, Ariza, clavándole su estoque, atravesándole el corazón, y a pesar de lo corto de la hemorragia en tales heridas, recibiendo, sin saberlo, en la pechera, la marca, el estigma del crimen; la gota de sangre que me había iluminado como un astro rojo...

EL DOCTOR

¿Y ella?

SELVA

Continuaba el síncope. Le di aire con mi pañuelo y, como no volvía en sí, *[Se sienta junto a ella y empieza a hacer lo que dice]* busqué la complicada abertura de su corpiño, y desabroché y arranqué cintas, y desvíe telas para que respirase, y de una mesilla con chismes de plata tomé un pulverizador. Del pulverizador salió aquel mismo embriagador perfume que se respiraba en torno, y cuyo vaho jaquecoso había venido a mí en el teatro, saliendo de las ropas del asesino...

[Se da cuenta de lo que está haciendo y se detiene. Se queda mirando, desde muy cerca, al Doctor. Justificando su comportamiento:] Un olor es una cosa viva, o al menos un duende que se nos mete en el ánimo y lo perturba, y lo posee, y lo embriaga. Yo perdí la razón y me entregué a la sugerencia del perfume. Abrió ella lentamente los ojos, suspiró, y con impensado movimiento, echó a mi cuello los brazos...

[Se besan larga y lujuriosamente. Al cabo, él se levanta, alejándose de lo que acaba de pasar. Tanto Selva como el Doctor se muestran avergonzados. Se miran, disimulan. Ella se arregla la ropa]

EL DOCTOR

Desde luego, jejem!, estaba usted lanzado...

SELVA

No era la mujer y sus ya conocidos lazos y redes lo que causaba mi fascinación maldita: era la idea de que aquella boca suya tan roja estaba macerada en el amargo licor del crimen.

EL DOCTOR

Ya entiendo. Al morderla gustaría usted la esencia de la maldad humana, que es también la esencia de nuestro ser decaído. Como masticar la manzana fatal, la de nuestra perdición y nuestra vida miserable... No deja de ser una reacción clásica.

SELVA

Doctor, ¿por qué tiene que andar explicándolo todo? ¡Le quita el misterio!

EL DOCTOR

Disculpe, siga usted.

SELVA

Al volver en sí, creí que se iba a poner a gritar. Por el contrario, hablaba susurrando.

CHULITA

¡Sálvame! ¡Ese infame me ha abandonado! ¡Ya lo temía yo! ¡Se ha llevado el dinero! ¡Él lo hizo todo, todo! ¡Sálvame! ¡He de quererte tanto! ¡Tú no sabes cómo quiero yo! ¡Mi amor es una brasa viva! ¡A él lo aborrezco! ¡No me dejes ir al patíbulo! ¡Sálvame, amor, amor...!

[Se interrumpe; en su personalidad de Doctor:] Todo esto me parece como de drama romántico, la verdad. Un poco excesivo. Supongo que no le haría usted caso.

SELVA

[Avergonzado] Pues el caso es que sí. Me arrancó la promesa: ¡No tengas miedo!, le dije. ¡Te salvaré...!

EL DOCTOR

¡Pero usted había entrado en la morada de Chulita dispuesto a tenderle un lazo que la perdiése! A adquirir las pruebas de su crimen. Salvarla le convertía en cómplice.

SELVA

Un poco, sí. Pero la dichosa manzana había crujido entre mis dientes, y su ceniza me obturaba la garganta. Una parte del pecado me correspondía ya.

EL DOCTOR

¡En aquella misma cama habían asesinado la cortesana y el perdido!

SELVA

¡Exactamente! Y su crimen, cuya vibración sensual perduraba aún, me en-

traba por los poros, me subía al cerebro y culebreaba por mis nervios, entre las ondas mareadoras de su perfume insidioso, de sus ropas y de su piel de tafetán, entre el nudo serpantino de sus brazos y el embrujamiento de sus labios en que las mieles antiguas habían dejado múltiples sabores de perversidad y de anatema.

EL DOCTOR

En resumen: había perdido usted la cabeza por aquella señora. ¡Pues menos mal que no quería usted lios con las mujeres! ¿Y ella? ¿Cómo reaccionó a su promesa de salvación?

SELVA

Se levantó de la cama, se sentó en el tocador y se puso a peinarse con un peine de plata y concha. Por cierto, que sus cabellos son admirablemente negros, pero sin tintura.

[Cambiando el tono] Chulita, si he de cumplir mi promesa, conviene no perder un minuto. Vas a contarme cómo fue, sin omitir nada, diciendo la verdad, ¿entiendes? Si mientes, ¡peor para ti!

[Acariciándole el cuello] Porque si no, por aquí, por este pescuezo tan redondo y tan suave, donde nacen los ricitos crespos, te echará el verdugo la argolla...

CHULITA

[Mimoso, coqueta, ya sin miedo ni aspavientos] Pero eso no va a pasar porque tú has prometido salvarme...

SELVA

¡Sí, pero al menos pómelo fácil! ¿Cómo has podido caer en manos de un canalla como Ariza? ¡Vives en un palacete, tendrás joyas! No le necesitabas para nada.

CHULITA

[Ríe] ¡Joyerías...? No me queda ninguna. Todo empeñado, vendido, ¡hasta los muebles! Esta alcoba es la única habitación amueblada de la casa. Tenía preciosidades... Tallas, tapices, plata repujada, alfombras. Incluso perlas rosas. Pero la época es difícil para todos... Andrés me engatusó al principio,

pero andaba tan mal de dinero como yo. Jugaba y perdía. Se desesperaba. Me habló de marcharse a América, de pegarse un tiro, ¡qué sé yo, esas idioteces que decís los hombres cuando queréis llamar la atención! Un día, en el teatro, nos encontramos con el tal Grijalba, a quien Andrés había conocido no sé dónde. Como tenía fortuna y yo le gusté enseguida, quedamos en que me dejaría querer. Solo un poquito, no vayas a ponerte celoso. Resultó que era como todos: pedir, pedía mucho, pero cuando le pedí yo se mostró tacaño y se escurrió pretendiendo que solo era un modesto empleado y que, al año próximo, le asociarían a la Azucarera y tendría medios de mostrarse más generoso. ¡El año próximo! ¡Años próximos a Chulita! Nunca he sabido lo que es el año próximo... Para mí no hay más que el momento presente... De ningún otro estamos seguros. ¡Bah! ¡La vida es corta! Y tampoco hay más amor que el presente, el que acaba de quemarme el alma, ¿has entendido? Entonces, Andrés empezó a persuadirme de que teníamos otro medio de sacar partido de Grijalba. Él venía a cobrar importantes créditos. Si conseguíamos atraerle aquí un día en que acabase de cobrar, sería muy fácil sustraerle la cartera, sin que pudiese reclamar, y hasta haciéndole creer que la había perdido en otra parte. Era una cuestión de habilidad. Cuando Andrés supo que Grijalba había cobrado una cantidad importante y que la llevaba consigo porque el banco estaba ya cerrado se las arregló para decirle que yo estaba sola en casa y que le recibiría con mucho gusto... Procuré que bebiese la mayor cantidad de champagne y de licores posible. No diré que se achispase, pero algo se mareó. Andrés se agazapó en esa habitación sin muebles. Esperaba a que yo registrase la ropa de Grijalba, sacase la cartera y se la pasase por la rendija de la puerta. Pero Grijalba era desconfiadísimo. A pesar del mareo, puso la cartera debajo de la almohada; se veía que no pensaba sino en su cartera. Aquello me indignó: era un desprecio para mí. Yo no lo comprendo: lo primero es el amor. Salí con un pretexto y advertí a Andrés de lo que ocurría. Entonces Andrés entró llevando un estoque desnudo, que fulguró dos veces, al herir a Grijalba.

[Fascinada, casi sexualmente excitada, por el recuerdo] La primera herida le arrancó un grito; la segunda, nada, porque había penetrado limpiamente el corazón. ¡Qué fácil se muere uno...! ¡Y cuánto se parece el último gemido de un hombre asesinado al que emite cuando está en brazos de una mujer! Andrés registró y se guardó la cartera. Luego se miró los puños y la pechera, receloso de alguna mancha. No la había, porque el estoque era más fino que una aguja. Con ese tipo de herida apenas sale sangre.

SELVA

Te equivocas: la había. Y tanto la había que yo la vi, y por ella he llegado a descubrir cuanto ha sucedido. Por una gotita, por nada. Sábelo, por si quieres mudar de vida:

[Pomposo] Nada se oculta; todo lo señala, todo lo revela «aquellos» que nos castiga siempre a proporción del delito...

CHULITA

¡Déjame de historias! Cada cual tiene su suerte... Yo ya no puedo mudar de vida.

[Se acerca mucho a Selva y casi le susurra al oído:] ¡Estoy en poder del Malo desde hace mucho tiempo! ¿No sabes que mi padre murió de la pena que le di con mis locuras?

SELVA

[Alejándose de ella] ¡Necesito aire!

CHULITA

[Lo narra con macabro placer] La parte más difícil fue esconder el cuerpo. Le vestimos en un vuelo; se le manejaba bien, porque estaba flexible aún. Ayudé a Andrés a bajar el cuerpo al portal, y abrí la puerta de la calle. Por fortuna tengo bien poca escalera. Andrés me mandó que cerrase y subiese. Quería acompañarle, pero me dijo que una mujer llama más la atención. Cinco minutos después, volví y me dijo que lo había dejado en el solar ese, al lado del hotel. «Conviene», advirtió, «que me vean en algún sitio público; voy a hacerme presente. Tú lava, si hay manchas; tienes horas disponibles». Es una tradición: los hombres hacen el estropicio y las mujeres tenemos luego que limpiarlo. Después de eso se fue.

SELVA

¡De modo que por eso organizó la trifulca del Apolo! Todo el mundo recordaría haberle visto allí y eso le servía de coartada.

CHULITA

Luego, de madrugada, se deshizo también de las pertenencias de Grijalba, que yo había reunido en un paquete, arrojándolas por una ventana.

SELVA

¡La mía! Está ya todo claro.

CHULITA

Estará claro, pero ahora quiero que me expliques qué vas a hacer para salvarme del garrote vil.

SELVA

[Se lo piensa durante un breve instante] Vístete de trapillo; ponte sombrero pequeño, velo tupido y, dentro de una hora, si no recibes aviso en contra, vete hasta la esquina. Allí te esperará un automóvil alquilado por mí, que te llevará a París. Toma un poco de dinero.

[Se lo entrega, sacándolo de su propia cartera] El mecánico te entregará un sobre con alguno más. Si puedes, no vuelvas a pecar...

CHULITA

[Contando el dinero] Reúnete conmigo en Francia... Aunque solo sea para convertirme.

[Chulita le sopla un beso, luego se mete detrás de un biombo, para cambiarse. Cambio de luces]

VII La querencia del criminal

[Mientras Selva habla vemos las ropas que Chulita se va quitando y que asoman por el borde del biombo]

SELVA

Puesta a salvo Chulita, faltaba hacer otra cosa. Me sentía relativamente misericordioso; quería evitarle a Ariza, por lo menos, la afrenta pública.

EL DOCTOR

[Desde detrás del biombo] Seamos sinceros, señor Selva, lo que le pasaba a usted era que reconocía con bochorno su propia flaqueza, su propia infamia; al experimentar usted mismo la atracción del abismo con aquella mujer entendió el comportamiento de Ariza. Seguramente se preguntó: ¿habría sido también yo capaz de cometer un crimen por ella?

SELVA

Pero él no había cometido el crimen por Chulita, sino por su propia necesidad de dinero.

EL DOCTOR

[Desde detrás del biombo] Eso es lo que dice usted; porque es lo que decía ella. Pero, ¿qué hubiera dicho Ariza?

SELVA

Lo sé, porque hablé con él.

EL DOCTOR

[Desde detrás del biombo] ¿O sea que al fin le encontró?

SELVA

Después de que Chulita saliera de la casa regresé a ella, a escondidas. De nuevo había llamado en mi auxilio a ese instinto mío que, sobre una base insignificante en lo real, me había guiado al través del laberinto del sombrío

crimen, llamado, en apariencia, a no salir de las tinieblas, como tantos otros que en Madrid se cometan. Me apoyé en la idea de «la querencia». Como el toro, el criminal la siente. Raro será el criminal que no ronde los lugares donde ha delinquido. La misma zozobra de la persecución les incita a llegar-se a donde suponen que sucede. Estaba resuelto a no moverme de aquella casa vacía en bastante tiempo. Tuve tiempo de recorrerla de arriba abajo y descubrí que Chulita me había dicho la verdad: solo la alcoba estaba bien amueblada. El resto era una desolación, pero las puertas cerradas de las habitaciones impedían que un visitante casual se diera cuenta de ello. Me instalé en el único sofá del salón, frente al retrato de Chulita, y aguardé en acecho, paciente. Cada vez que miraba la pintura me venían a la cabeza pensamientos locos con aquella boca roja tan perfectamente reproducida... En un armario de la cocina encontré una botella mediada de anís, que me sirvió como compañía. Luego anocheció.

[*Cambia la luz*] Estaba a punto de dar una cabezada cuando se abrió la puerta principal, con discreción, y se escucharon unos pasos en el pasillo. Me puse a un lado, escondido, y saqué mi Browning.

[*Lo hace*] Ariza entró en la sala y creo que a los dos nos dio un salto profético el corazón.

[*El Doctor ha salido de detrás del biombo. Lleva ropas claramente masculinas y usa un bastón elegante y fino. Selva le encañona con la pistola*]

SELVA

Ahora no te me escapas. No intentes resistir: la calle está llena de agentes ocultos en los portales y, a un grito, saldrán.

ARIZA

[*Tarda un instante en entender lo que está pasando*] ¡Selva! ¿Qué diablos hace usted aquí?

SELVA

Selva, sí, aquel con quien has querido cruzar tu destino. ¿No sabes que ese cruce es peor que el de dos espadas? Me has injuriado en el Apolo para atraer la atención del público y que constase que allí estabas; has llevado al solar contigo a mi casa el cuerpo del asesinado y has arrojado a mi

dormitorio el paquete con los objetos comprometedores. ¡Has hecho mal! ¡Yo no soy hombre con quien convenga divertirse, señor asesino! Has despertado en mí la sagacidad del perseguidor y del vengador. He descubierto el crimen; y como me repugnaba enviar al patíbulo, o siquiera a presidio, a una mujer, he asegurado la fuga de Chulita, que está prendada de mí y que a estas horas ya estará al otro lado de la frontera francesa.

ARIZA

¿Chulita prendada de usted? ¡No me haga reír!

SELVA

[*Ofendido*] ¿Y qué tiene eso de gracioso?

ARIZA

Le gustan los hombres, no los petímetros. Además, no entiendo, no sé de qué crimen me habla...

SELVA

¡O sea que insistes en que nos tratemos de usted? ¡Pues sea! No vale ya negar la evidencia. Acepte usted serenamente la suerte. Tenga valor; es lo menos que puede tener.

ARIZA

¡Tengo valor para comérmelo a usted!

SELVA

Pierde el tiempo... Mi intención es buena, a pesar de que usted, imprudente siempre, todavía busca quimera conmigo. A una voz que yo diese tendría a la policía encima; pero no la daré, a menos que me fuerce a ello. Al contrario; mi deseo es facilitarle a usted tiempo suficiente para... No; no es eso. Escaparse, no. ¿Me toma usted por algún necio? Yo no protejo «así» más que a las mujeres: los hombres, que tengan alma. Usted no es un criminal de oficio. Usted ha sido de antiguo, a pesar de sus vicios, un caballero. Y un caballero tiene que creer que hay cosas que importan más que la seguridad y la vida. ¿Me equivoco?

ARIZA

No se equivoca, pero no comprendo por qué le importa mi honor.

SELVA

¡Por espíritu de clase!

ARIZA

No tengo armas.

[Toquetea el puño del bastón con nerviosismo]

SELVA

¿Y el estoquito? Hiere muy limpio, aunque en su pechera había una gota de sangre. ¡Sépalo bien, Ariza! ¡La sangre habla, como usted advirtió a su cómplice!

[Ariza, furioso, va a desenfundar su estoque, pero decide no hacerlo. Sabiéndose derrotado arroja el bastón a un lado]

ARIZA

¡Maldita sea! En fin, acabemos...

SELVA

Antes de eso, confiese usted dónde está el dinero robado.

ARIZA

Yo no lo tengo. Se lo guardó todo Chulita. Habíamos quedado en que yo viniera hoy a recoger mi parte.

SELVA

¡No le creo!

ARIZA

Pues usted verá.

[Se da la vuelta a los bolsillos de chaqueta y pantalones para demostrar lo que dice. Luego entrega a Selva su cartera, vacía]

SELVA

¡Lo tendrá usted en otro sitio!

ARIZA

Mande usted registrar mi domicilio, si quiere.

[Ríe, de pronto] ¡El dinero está ya en Francia y me parece que no lo va a recuperar ni usted ni nadie!

[Serio. Mira hacia donde está colgado el cuadro de ella] ¡Mírela! Es una belleza, ¿verdad? Menuda, delicada, con ese cuerpo de una gracia serpentina. ¿Se ha fijado usted en sus pies? Y ese busto perfecto, diminuto, diabólicamente virginal... ¿Se ha dado cuenta del perfume de gardenias que utiliza? Después de abrazarla queda uno impregnado durante días de ese olor, que es a la vez un bálsamo y una tortura.

[Señala hacia el sofá] Allí estaba el amplio sofá donde nos sentábamos tan juntos como si fuese estrechísimo; allí la chimenea hacia cuya llama tendía los piececitos, y a la cual yo, envidioso, los disputaba abrigándolos con mis manos, donde cabían holgadamente; allí la butaca donde se aislaba, en los cortos instantes de enfado pueril que duplicaban el precio de las reconciliaciones... En la oscuridad, los ojos de Chulita centellean como los ojos eléctricos de los gatos.

[Pausa] Pero en el fondo es más fría que el aire. Y, como el aire, no hay quien la atrape.

[Pausa; volviendo en sí] En fin, el estoque no es muy cómodo para hacer lo que debo hacer. ¡Me prestará usted su Browning?

[Selva duda un instante. Luego le entrega la pistola. Ariza la toma. La mira un momento. Luego, por sorpresa, encañona a Selva, apuntándole al rostro con el brazo estirado. Selva da un respingo. Luego se cruza de brazos, desafiando a su rival]

SELVA

Bajo sus pies, Ariza, se abre la grieta que va a tragarte.

ARIZA

¡Me ha tragado ya!

[Se vuelve hacia donde está el retrato y dispara dos veces; luego:] Con estos dos tiros.... he reventado los dos verdes y lumínicos ojos que me fascinaban.

Mira de nuevo a Selva. Inmediatamente vuelve a subir la pistola y se la lleva a la sien. Oscuro: un disparo. Hay un instante de silencio. Al cabo vuelve la luz en el despacho del Doctor.

VIII Epílogo: Una forma transitoria de alienación

[Un momento de silencio. Luego:]

EL DOCTOR

Hizo mal cediéndole el arma. Si le hubiera disparado a usted no estaría ahora aquí.

SELVA

Sabía que no sería capaz de hacerlo. Me lo avisó mi instinto. Y ya le he demostrado que mi instinto es infalible.

EL DOCTOR

¡Menuda aventura! La policía se quedaría estupefacta.

SELVA

Avisé de inmediato al señor Juez y le expliqué todo. Excepto, claro, el hecho de que yo había ayudado a Chulita a fugarse, porque eso no lo hubieran entendido demasiado bien. Como no se encontró el dinero no se quedaron del todo contentos, pero contra eso poco podía hacerse ya que se desconocía el paradero de la cómplice. Sin embargo, tal y como yo predije, las huellas digitales de Ariza habían aparecido en el reloj y los otros objetos, y eso terminó de afirmar su culpabilidad.

EL DOCTOR

¿Y con aquella mujer qué ha pasado? No ha tenido usted tiempo de reunirse con ella en París.

SELVA

Pues no... Al día siguiente recibí un recado del chofer a quien había encargado ponerla a salvo. A mitad de camino, antes de llegar a la frontera y aprovechando una parada, ella se dio a la fuga y no se la ha vuelto a ver. Lo

mismo puede estar en Francia que en Pernambuco. En el asiento de atrás había dejado un billetito:

[Saca un papel del bolsillo, lo desdobra, lo lee:] «Soy viajera. Me detengo, pero no me estaciono; me poso, no me fijo».

[Se lo pasa al Doctor, que examina el papel] También había dejado sobre el asiento sus enaguas.

EL DOCTOR

La pasión es quizá una forma transitoria de la alienación mental, desde que nos hemos civilizado... Está escrito con lápiz rojo.

SELVA

El mismo carmín que usa para los labios. Rojo como la herida de un estoque sobre un pecho desnudo. O como una mancha sobre la pechera de una camisa.

EL DOCTOR

En fin, desde luego el tratamiento ha sido fuera de lo común. Aunque como médico me preocupa que después de tanto trasiego experimente ahora de nuevo el aburrimiento...

SELVA

Eso temía yo. Pero enseguida hice un descubrimiento.

EL DOCTOR

Ah, ¿sí?

SELVA

Después de esta aventura he comprendido mi vocación. Las sensaciones que experimenté con motivo de mi indagatoria fueron de primer orden por lo intensas. Me di cuenta de que el fastidio no volvería a mí si me dedicaba a una profesión que tan bien armoniza con mis gustos y, me atrevo a decirlo, con mis condiciones y aptitudes, o dígase mis inspiraciones atrevidas y geniales. Resuelto a ejercerla, me voy a Inglaterra, a estudiarla bien, a tomar

lecciones de los maestros. Y tendré ancho campo en este Madrid, donde reinan el misterio y la impunidad. Traeré al descubrimiento de los crímenes elementos novedosos e intelectuales, y acaso un día podré contar al público algo digno de la letra de imprenta.

[Pausa; mira al Doctor] ¡Voy a hacerme detective!

[Música. Oscuro. Fin]

